



COSTUMBRES MORTUORIAS DE LOS INDIOS DE CHILE I OTRAS PARTES DE AMERICA

POR

RICARDO E. LATCHAM

(Miembro correspondiente del Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland).

(Continuacion)

«Cuando cayó la hoja de los árboles se prepararon mis hermanos a la gran función de los muertos que celebraban cada treinta años para transportar los huesos de sus padres a la gran caverna, situado a las orillas del río. Un héroe pregonó por orden del consejo que había llegado el día: a su voz retumbaron en toda la comarca los lamentables ecos, presentando escenas de desesperación y de llanto. Cada uno lloraba a sus amigos y deudos, que habían fallecido desde la fiesta anterior; y esto renovó la pena de mi padre, y mis amigos, de modo que se revolcaban en sus esteras, y se destrozaban sus brazos y piernas con espigas de pescados, como hicieron en la muerte de mi querida Oderay.

Salieron luego de sus tiendas para ir a buscar en el bosque los cadáveres que había pendientes de los árboles (1), los cuales llevaban a las orillas del río, después de quitar la carne y, quemarla, a fin de trasladar solo el esqueleto a la caverna de los muertos.

Era un espectáculo horroroso y desagradable el ver los grados de putrefacción que ofrecían aquellos cadáveres, sepultados unos hacía treinta años, y otros el día antes, desnudos enteramente y conducidos por hombres de todas edades. La generación presente llevaba la pasada al sepulcro mismo, a que ella había de descender. La madre al hijo que poco antes había tenido en sus brazos; el esposo, a la tierna esposa, que había estrechado en su seno; la joven amante, al guerrero que consintió sentar sobre su estera. Sus cabezas descarnadas caídas sobre los hombros de los que lo sostenían, iban rozando con sus mejillas sonrosadas, ofreciendo el horroroso contraste de la vida y de la muerte, de los despojos de la humanidad al lado de la frescura de la juventud lozana. Yo ví a Ourahoo mi padre cargado con el cadáver de su hija, que él llevaba a sus espaldas asido por las manos: la larga cabellera cubría su rostro; y la bañaba con sus lágrimas. El aire se llenaba de lastimeros gritos, y cada familia entonaba la canción de la muerte.

Ellos se encaminaron a la gran caverna, y yo quedé solo en el bosque, en tanto que volvían» (2).

Cada vez que se cambiaba el lugar de sepultura de los restos, se solía mudar completamente los vestidos y envoltorios

(1) Esta tribu acostumbraba envolver los muertos en pieles y luego dejarlos colocados en las ramas de los árboles cerca de sus habitaciones hasta la fiesta de los muertos que aquí se detalla. Laceraban sus cuerpos y cortaban sus cabellos, los que dejaban suspendidos del árbol en que se dejaba al muerto.

(2) Desgraciadamente el autor no presenció y por lo tanto no describió la manera de disponer de los muertos, ni los ritos o ceremonias que acostumbraban practicar en estos entierros comunales, que suponemos debían ser parecidos a los descritos por el padre Brebeuf.

de los muertos y generalmente se hacía gran acopio de pieles, ponchos, etc., en anticipación de estas grandes fiestas.

Encontramos una costumbre parecida entre las antiguas tribus de las pampas argentinas y de la Patagonia. Todos los años llevaban los despojos de sus difuntos a los sepulcros ancestrales, situados casi siempre en el litoral; y a veces tenían que emprender largos viajes con este propósito.

Las tribus que vivían en la vecindad de los grandes ríos y lagos y que se dedicaban a la navegación de ellos, acostumbraban depositar el atado mortuario dentro de la canoa del difunto, o en el caso de que éste no tuviera, de fabricar una nueva con este objeto.

Los pueblos que usaban esteras tejidas de juncos, esparto ó fibras vegetales, empleaban estas para amortajar a los muertos. Así hacían muchas tribus del norte de Méjico, del sur de los Estados Unidos, del Chaco y de otras partes.

Con la llegada de los europeos y con la introducción en América de la oveja, los tejidos de lana poco a poco reemplazaron las pieles y esteras como artículos de vestir y por consiguiente como prendas mortuorias.

El arte de tejer fué conocido en América, mucho antes de los viajes de Colón. Los mexicanos, los mayas, los chibchas y otros pueblos fabricaban hermosas telas de algodón y sustancias vegetales; los peruanos y otras naciones andinas aprovechaban estos materiales como también la lana del llama, vicuña, alpaca y guanaco para sus géneros, que eran de muchas diversas calidades. Todos ellos guardaban los mejores de sus productos para hacer honor a los muertos y los ataviaban con las prendas mas escogidas.

En general se puede decir que en toda América, los materiales usados para confeccionar los envoltorios de los cadáveres eran los mismos empleados en la fabricación de las vestiduras.

La manera de formar el atado mortuario variaba de una parte a otra. Esto dependía en parte del modo de colocar el cadáver y en parte a otros factores. Muchas tribus expo-

nían o sepultaban sus difuntos en posición tendida, otras adoptaban la postura sentada o encogida y a veces descoyuntaban o quebraban los huesos del muerto para darle la forma de ovillo que consideraban conveniente.

En los entierros secundarios de los huesos, también prevalecían diferentes métodos. A veces se esmeraba en dar a cada hueso su ubicación correspondiente, ligándolos con tiritas de cuero en el caso de haberse desprendido de los cartílagos; en otras ocasiones formaban un atado sin orden ninguno, solo preocupándose de que estuvieran entera la osamenta.

No siempre, los envoltorios se dejaban en la sepultura. En la descripción que nos da el Padre Brebeuf del entierro comunal de los hurones, dice que a pesar del gran lujo gastado en llevar los restos del osario, las ricas prendas usadas para esta ceremonia no fueron dejadas allí sino llevadas por sus dueños; lo que demuestra que la pompa en estas ocasiones era simplemente ocasionada por el deseo de aparentar riquezas.

Los hurones y otras tribus iroqueses usaban para este propósito, sacos de cuero o de pieles que cubrían con sus más ricas mantas o frazadas.

No es solamente entre los iroqueses que encontramos sepulturas comunales sino también en casi toda la parte central de los Estados Unidos, en Virginia, Wisconsin, Florida, Illinois, Georgia, Carolina, Missouri, Arkansas, etc.

Los indios menominis envolvían sus muertos en largos pedazos de la corteza interior del abedul; los de Carolina en esteras del junco, los winnebagos en el cuero del animal que formaba el totem del gens a que pertenecía el difunto. Los seris vestían a los muertos en sus mejores trajes, que consistían principalmente de los cueros de aves marinas. Hacían bultos mortuorios en forma de las momias peruanas, fuertemente ligados por correas y sepultados debajo de conchas de tortugas de mar en tumbas de poca profundidad que se cubrían de quiscos, ramas espinudas y piedras.

Los choctaws adornaban los muertos con todo el lujo que podrían juntar, lo que se les quitaba en el momento del entierro. Estos objetos se usaban exclusivamente para semejantes ocasiones y pasaban como herencia de una generación a otra.

Los séminoles de Florida vestían el difunto con ropa nueva y al momento de colocarlo en la sepultura lo envolvían en una frazada.

Entre los sias no se acostumbra vestir el cadáver. El traje del difunto se corta en tiras que se depositan encima del cuerpo. Se coloca un poco de alimento debajo del brazo izquierdo y en seguida se hace el atado mortuorio.

El cadáver, tendido de espaldas, con los brazos estirados a lo largo del cuerpo, se envuelve en una frazada que sobresale en los dos extremos. Con la punta de un cordel largo se amarra el extremo por encima de la cabeza y se hace otro nudo corredizo alrededor del cuello. Se enrolla el cuerpo con el cordel y se hace una tercera amarra por las rodillas, otra por los tobillos y por último se amarra el extremo opuesto de la frazada, por debajo de los pies. Los mismos hombres que amortajan al muerto y que deben ser de otra fratría o división de la tribu, son los que lo llevan a la sepultura donde lo entierran sin más ceremonia.

Los pimas forman un atado mortuorio con el cadáver en postura sentada, envuelto en frazadas y atado con cordeles de lana con mucha seguridad. Tapan la cara con un paño, pero dejan la cabeza fuera del atado. En esta forma lo entierran pero cruzan palos sobre el cadáver, diagonalmente, desde el piso por un lado hasta la boca de la sepultura por la otra, formando así una especie de techo para que al rellenar la tumba la tierra no cayese sobre el difunto.

La manera de envolver a los muertos en uso entre los zuñis es casi idéntica a la empleada por los sias. Cuando una frazada no alcanza para hacer el atado usan dos o aun tres, pero el modo de atarlos es el mismo.

Los chichimecas del norte de México a menudo practica-

ban la cremación de los cadáveres de sus jefes o reyes. Las cenizas se empaquetaban en paños costosos hasta que asumían la forma de un ovillo, sobre el cual colocaban una cabeza artificial con cabello y máscara. Esta figura se encerraba en una gran urna que se sepultaba al pie de las gradas que subían al templo. La sepultura se techaba, y la tierra se amontonaba encima en forma de túmulo.

Los que morían en la guerra también se quemaban y sus cenizas se llevaban a la ciudad natal donde se sepultaban en urnas. La gente común se sepultaban simplemente, en posición sentada envueltas en paños de algodón bordados o pintados.

Los alcohuas, los otomies y otras tribus mexicanas también incineraban a los muertos; como lo hacían con frecuencia los aztecas, quienes sin embargo generalmente inhumaban los cadáveres; empaquetándolos en la forma de las momias del Perú. Hecho el atado, este se adornaba con una máscara y con los símbolos que indicaban la profesión del difunto; en el caso de un guerrero con su yelmo emplumado y sus armas, coraza y rodela. Dentro del atado colocaban cantidades de papel de agave, que suponían daba facilidades al difunto para vencer las numerosas dificultades que encontraba en su viaje al otro mundo.

Los mercaderes de la fraternidad de Pochteca recibían un tratamiento especial; el cadáver se envolvía en papel, y se le decoraba la cara con pinturas negra y roja; se agregaban sus adornos personales y se terminaba el envoltorio con los tejidos más finos. El atado se colocaba en una anda y se llevaba a la cima de una montaña donde quedaba expuesto en un lugar inaccesible.

Entre los mayas de Centro América las costumbres mortuorias eran muy parecidas a las mexicanas. Ellos también empleaban los dos sistemas de cremación y de inhumación. En el último caso, el cadáver se envolvía en telas que variaban en riqueza según la calidad del difunto. El cadáver se replegaba antes de fajarlo. A veces se dejaba la cabeza afue-

ra cubriendo la cara con una máscara de madera o de plumas; pero con frecuencia las telas que formaban el envoltorio encerraban totalmente el cuerpo, cabeza y todo.

Después, con las influencias aztecas, las personas de alto rango se incineraban y sus cenizas se depositaban en urnas, o en la cavidad dejada en la cabeza de una figura esculpida en madera, que representaba el muerto. Se dice que antes de incinerar el cuerpo, se cortaba la cabeza. La parte facial, arreglada con facciones artificiales se colocaba en una estatua que se guardaba en el templo. En las Antillas el cadáver se fajaba con largas tiras de paño, tejidas expresamente para ese fin a manera de vendas. Generalmente el cadáver se colocaba en una hamaca suspendida entre las ramas de los árboles, o bien en la bóveda que formaba su sepultura. Esta costumbre se practicaba en toda la región caribe. Viguier describiendo el modo de enterrar en uso entre los indios payas de Darién, dice que la sepultura era cuadrangular. La hamaca con el cadáver se suspendía de estacas, en la parte superior. En el piso se colocaba el ajuar fúnebre. La sepultura se tapaba con un techo de tablonés sobre el cual se amontonaba tierra (1).

Sin embargo, entre los caribes, estos entierros eran generalmente solo provisorios y a la vuelta del año, cuando estaban descarnados los huesos, los sacaban y los empaquetaban en canastos o envoltorios tejidos de las hojas de palma, y los guardaban en sus chozas como objetos de reverencia. Cieza de León nos describe la manera cómo los indios de Popayan envuelven los cadáveres. Dice: «Los muertos que son los más principales los envuelven en muchas de aquellas mantas, (mantas gruesas de algodón) que son tan largas como tres varas y tan anchas como dos. Después que los tienen

(1) VIGUIER Dr. C. Notes sur les Indiens de Paya.

Memoires de la Société d'anthropologie de Paris. Tomo I. 2.^a série, p. 411 y sig. Año 1873.

envueltos en ellas, les revuelven a los cuerpos una cuerda que hacen de tres ramales, que tienen más de doscientas brazas; entre estas mantas ponen algunas joyas de oro; otros entierran en sepulturas hondas» (1).

Según el mismo cronista las de Jauja envolvían los muertos en pieles de llama o de vicuña porque dice: «los meten en un pellejo de una oveja fresco, y con él los cosen, formándoles por defuera el rostro, narices, boca y lo demás, y desta suerte las tienen en sus propias casas» (2).

En la región de los Andes y en las costas del Pacífico abarcando toda la zona del antiguo imperio de los incas, desde Ecuador hasta Atacama, encontramos que predominaba la costumbre de hacer atados mortuorios de los cadáveres, envolviéndolos con telas de algodón y de lana. Debido al buen estado de conservación en que se han encontrado estos cadáveres se ha acostumbrado a llamarlos momias; pero no lo son en el sentido de que hayan sido conservados por medios artificiales; pues son solamente desecados por el clima seco y la falta de infiltraciones de humedad en el suelo.

Si es verdad que el sistema general, durante los tiempos pre-españoles, era de hacer atados mortuorios; sin embargo, los detalles de estos variaban de una época a otra; como también en las diferentes localidades. La posición sentada con el cuerpo replegado, era la universalmente adoptada, pero la forma del atado y los materiales empleados en su confección, cambiaban según la región y la época a que pertenecían. A veces eran rectangulares, a veces cónicos, ovoideos o periformes. Sería muy largo detallar todas sus diferencias y señalaremos aquí sólo los tipos más usuales. En los kjökkenmöddinger o iconchales de la costa, se encuentran los que son probablemente los más antiguos. El cadáver amarrado con sogas para mantener su posición, son simple-

(1) La Crónica del Perú. op. cit. Cap. XXVI.

(2) id. id. Cap. LXIII.

mente envueltos en toscos géneros y sepultados bajo un canasto o montón de redes de pescar.

Pertenecientes a una época posterior, son los atados en forma de huevo que son compuestos de numerosas envolturas de algodón y lana, de tejido muy fino, adornados de los más hermosos colores y dibujos; y probablemente son aun más modernos los a que se han agregado una cabeza falsa con máscara de madera, tipo hallado, tanto en la cordillera como en la costa.

En algunas partes, especialmente en la vecindad del lago de Titicaca los atados eran envueltos en esteras de totora, o bien con largas trenzas de este material.

Pero cualquiera que fuera la forma del atado, la región o la época a que pertenecía, el cadáver que contenía siempre se encontraba encogido en la posición de un feto en el vientre de su madre.

En la costa, con frecuencia se han encontrado dos o más cadáveres en el mismo atado y en general el envoltorio es más complicado y elaborado que en el interior.

Reiss y Stübel dicen que en Ancón se envolvían separadamente los dedos de los pies y las manos. En seguida se entornaba el cuerpo con numerosas fajas; generalmente de algodón; a veces de paños de lana, mantas etc. Se agregaba al contorno, cantidades de algodón en rama, hojas de plantas, esparto, o algas marinas, envolviendo todo en mantas, tiras de género, o esteras (1).

Todos los atados se sujetaban con sogas trenzadas de lana o de totora.

Rivero y Tschudi (2) dan una interesante descripción de la manera de envolver las momias, pero como parece adaptada de la de Barrera, preferimos dar esta última por ser original y a la vez menos conocida. Es verdad que Barrera

(1) REISS W. UND STÜBEL, A. Das Todtenfeld von Ancon in Peru. Berlin, 1880-1887.

(2) RIVERO M. E. Y TSCHUDI J. J. Antigüedades Peruanas. Vienna 1851.

cree que la conservación de los cadáveres se debe principalmente al embalsamamiento artificial, y da a ciertas operaciones *post-mortem* de su preparación un significado que parecen no tener, pero esto no es del caso; sólo deseamos reproducir la descripción de esta preparación tal como lo escribió el autor.

«Los profesores ejecutaban la operación de varios modos. Imitando a los antiguos egipcios extraían el cerebro por las narices, convenciéndolo así la falta del pequeño hueso que separa las ventanas y la fractura hecha en la sutura que une a éste con el coronal, facilitando el paso interior del cráneo. Conservaban otras veces este pequeño hueso faltando enteramente el cerebro, sin notar reliquia capaz de manifestar la corrupción que podía haber producido, si lo hubieran dejado sin tocar, convenciéndose de aquí que poseyendo buenos conocimientos en anatomía hacen sus extracciones de este órgano de diferentes modos y por distinto lugares. Les sacaban los ojos como compuestos de partes muy corruptibles, llenaban las órbitas de algodón y otras materias ingeniosamente colocadas, que disimulaban la falta cuando les juntaban los párpados; todo ejecutado con primor, sin alterar las facciones de la cara de aquel aire que tuviesen en el estado de la vida.

La lengua con todas sus partes era arrancada con el pulmón por una pequeña cortadura hecha del ano al pubis, después de vaciar por él todos los intestinos, quedando el vientre inferior y pecho libres de las partes que podían ser putrescibles. La capacidad de ambas regiones la llenaban de un polvo sutil, color de hígado, que exhalaba un ligero olor a trementina en el instante que se saca y se pierde después de un rato de puesto en contacto con el aire libre. Absuelve la humedad, hace una pequeña efervescencia en el agua fría; presumiendo por estos datos que la composición parece hecha de resina de molle, cal y alguna tierra mineral. Les ungián la cara, pies y manos con un líquido oleoso, color de naranja, cubriéndola después con algodones; unían antes las manos

a las mejillas; las rodillas al pecho, dejando de la parte de afuera los codos sujetando los miembros con fajas hasta que tomaban la apetecida posición.

La colocación de las diversas mantas en que están envueltos los cuerpos y compostura de sus partes, hace admirar la prolijidad y el arte. En la boca una pequeña rodaja de oro, plata o cobre, envolviendo la cabeza con tres diferentes pañuelos cosidos cada uno separadamente, de los cuales dos eran blancos, siendo el tercero siempre de color a listas de un tejido fino y transparente a imitación del velo. De la garganta abajo sobreponían hojas de diversas plantas aromáticas, en que se nota la yerba-buena con más frecuencia; cubriéndolo todo con una manta blanca ajustada y cosida para que permaneciese en su colocación; en este estado les ponían algunos un ídolo en el pecho, de tierra cosida o madera, y los muebles de toda especie que más usaban en la vida, por los costados, abras de los brazos con la mayor simetría, envolviéndolo en dos mantas más y la última de color.

Adaptábanles dos cañas por cada costado que mantenían fuertemente con una faja doble que daban vuelta de abajo arriba, también de color, cubrían el todo de una estera de totora o junco, quedando en esto tan dilatada operación.

En este estado los ponían en el centro del sepulcro, sirviéndole de apoyo las cañas, para que se quedara en posición vertical; con la cara hacia el mar si está situado en el llano, o mirando el campo si por su clase estaba colocado a la falda de un cerro. Armaban por delante dos filas de platos de cuatro a ocho en cada una cubiertas con otros que contenían habas, maíz, cuyes, dos a cuatro cántaros de agua a los costados, cerradas las bocas con tazas y vasos, y algunas ollas que habían tenido uso en la cocina. Cubrían con arena casi pura, el espacio desde el plan hasta dejar oculta la cabeza, ponían entonces ropa de toda especie como mantas, ponchos, colchas en que se admira el primor con que matizaban de colores las figuras y dibujos hechos del mismo tejido con

particular gusto y delicadeza, llenando por último el espacio que quedaba» (1).

Esta forma, con pocas diferencias, era, la empleada en todo el Perú antiguo. Los aimarás y los atacameños practicaban el mismo sistema.

En Pisagua se han encontrado momias, que tenían una sustancia calcárea, colocada dentro del atado entre las envolturas interiores y exteriores y que tenían la cavidad abdominal rellena de tejidos de lana.

Algunas de ellas llevaban las cabezas envueltas en turbantes de paja tejida, o de lana en madejas, de gran tamaño, que en forma recuerdan aquellos de los hindúes. También se las ha encontrado con máscaras pintadas de resina vegetal, con cabellera artificial. Por otra parte, los atados son hechos de una manera parecida a la que hemos descrito más arriba.

En el mismo lugar se encuentran cadáveres que evidentemente pertenecen a una época anterior. Son sepultados en posición tendida, costumbre común entre los changos y otras tribus pescadoras de las costas chilenas. Estos cadáveres se envolvían en cueros de foca, o de pelícanos, que se encuentran a veces intactos con su plumaje.

En 1872 se hallaron, en el sitio de la casa que en Pisagua ocupaba la Agencia de Vapores, algunas sepulturas antiguas de indígenas. Una momia llamó la atención por algunos detalles curiosos. Era de un hombre con su cuerpo completo, de espaldas y con sus brazos estirados. En partes tenía la carne destruída o carcomida hasta el hueso. La piel y músculos muy duros, en perfecto estado de momificación. Lleva-

(1) BARRERA FRANCISCO. Antigüedades Peruanas, publicado en el Tòmo II del Memorial de Ciencias Naturales y de Industria Nacional y Extranjera redactado por M. de Rivero y N. de Piérola. Lima sin fecha, pp. 101 a 111.

Este Memorial fué publicado probablemente a fines del año 1828 o principios de 1829, en la Imprenta de la Instrucción Primaria regentada por Pedro Casal.

ba puesto un poncho de algodón, grueso, con dibujos a cuadritos pintados de negro, amarillo, colorado y blanco. Encima le habían colocado un gran caparacho de tortuga de setenta centímetros de largo que le cubría completamente la cara y el pecho.

Aquí, a diferencia de los changos de más al sur, los cadáveres son casi siempre envueltos en tejidos de lana. También se encuentran momias de niños pintados con diferentes colores. Parece ser una especie de tierra; con la cual se han llenado los cuerpos (1).

Hablando de los cementerios de Tacna, Canales da una breve descripción de un cementerio de niños y dice:

«Los cuerpos se hallan envueltos en una tela gruesa; de lana o algodón, y no pocos están metidos en una alforja perfectamente conservada, ni más ni menos que los usados hoy por los indios que venden yerbas por todas las ciudades de América (indios chachapoyas). Y todavía más este envoltorio se ha guardado en una red de sogas hecha de totora o baturo con mallas como las redes de los pescadores.... En otra tumba se halló el cadáver de una mujer; encima del cráneo se halló un gorro de plumas negras i cortas, como para procurar blandura para conducir algún peso. La cabeza con todo su pelo, arregladas en dos trenzas puestas cuidadosamente alrededor del cráneo; parece que las mujeres eran peinadas con esmero al tiempo de enterrarlas, porque todas esas momias se encuentran con el pelo dispuesto en la misma forma» (2).

Los calchaquies no practicaron la costumbre de formar atados funerarios a semejanza de los peruanos y tampoco los cadáveres se encuentran en tan buen estado de preservación. La mayor parte de los entierros que se conocen parecen haber sido secundarios, por la confusión notada en los

(1) Los cementerios indígenas en la costa del Pacífico. ob. cit. pp. 279-281.

(2) Los cementerios indígenas en la costa del Pacífico. ob. cit. pp. 279-281.

huesos, faltando con frecuencia algunos de estos. La falta de tejidos en las sepulturas, si bien puede deberse a la destrucción natural del tiempo, nos parece más seguro indicio de que ha sido así en muchos casos, y el constante hallazgo de restos humanos en urnas de greda en las cuales no cabría el cuerpo de un adulto confirma más bien esta idea.

¿Cuál habrá sido la manera de sepulturas primarias o provisorias? La ignoramos, como también ignoramos la manera de envolver a los muertos. Techo nos dice simplemente que «revestían al cadáver en prendas regaladas por los amigos» (1). El mismo cronista dice que los indios de Londres (Catamarca) no enterraban sus muertos sino que los guardaban en un sarcófago elevado sobre el suelo; lo que puede significar que tenían la costumbre de exponer los muertos en un catafalco, como hemos observado entre otras naciones. Si fuera efectivo esto, sería una explicación de los entierros secundarios a que nos hemos referido más arriba.

Pasando al Chaco, encontramos que la mayor parte de las tribus tenía la costumbre de formar atados mortuorios de los cadáveres. El Padre Sánchez Labrador no ha olvidado describir la manera de hacer esto entre los mbayas. Al respecto dice:

«Satisfecha la primera obligación con las lágrimas, se sigue la de amortajar al difunto. El modo es liarle en una manta en postura de sentado en cuclillas. Atavíanle con cuanto pueden, si el médico les dejó algo, y sino, lo buscan para este desempeño. Luego cargan el cuerpo sobre uno de los caballos que en vida sirvió a su dueño. Llévanle a un sitio retirado que en su idioma se llama *napoig* y es lugar de enterramiento» (2).

Los bororos de Brazil Central, descritos por Von den Steinen, una vez descarnados los huesos de sus muertos los

(1) Historia del Paraguay. ob. cit. Libro V. Cap. XXIII.

(2) El Paraguay Católico, ob. cit. Tomo II. Cap. XXV. p. 46.

llevan al cementerio de la tribu, envueltos en greda i adornados de plumas. Las sepulturas en que entierran estos despojos no son mas que hoyos pequeños, cuyos muros son sostenidos por palos. Cada semana mandan echar agua sobre las tumbas (1).

Estos mismos indios creen en la transmigración del alma al cuerpo del animal que contiene el espíritu de sus antepasados. Las ánimas de las mujeres que mueren van a los cuerpos de los jaguares. Por lo tanto cuando un viudo desea casarse de nuevo, debe primero matar un jaguar para librar el espíritu de su primera mujer. Las ánimas no tienen mas que un sexo, son todas femeninas.

El entierro se hace con llanto como entre tantas otras tribus. Muerto un individuo, dejaban cubierto el cadáver con mantas, por dos dias. Entónces se le envolvía en esteras fabricadas de hoja de palma y se le enterraba al lado afuera de la choza, dejándolo allí unos veinte dias o un mes. En este tiempo los huesos quedaban completamente descarnados. Se los llevaban al arroyo para limpiarlos bien i prepararlos para su sepultura definitiva, en que variaba de una región a otra. Cerca de Santa Catalina los enterraban en la manera descrita arriba, pero en otras partes encerraban los huesos en canastos. El cráneo lo colocaban en dos canastos semiesféricos y los demás huesos en otro de mayor tamaño. El canasto que contenía el cráneo se decoraba de plumas y los deudos se laceraban las carnes y dejaban gotear la sangre en él. Las mujeres arrancaban el cabello hasta quedar completamente peladas. Los canastos que contenian el cráneo y los huesos se encerraban en otro grande y en seguida se incineraban los restos, o los echaban al río.

(1) STEINEN, KARL VON DEN. Unter den Naturvölkern Zentral. Brasiliens. Reiseschilderung und Ergebnisse der zweiten Schingú-Expeditionen 1887-1888. Berlin 1894.

Toda la propiedad del muerto se quemaba, apilándola en la casa que había ocupado, que entonces se incendiaba (1).

Parece que con el tiempo, se modificaron algunas de las costumbres mortuorias de los Tehuelches o Patagones, porque dice el Capitán Musters que en su permanencia entre estos indios en 1869 no vió la exposición de los cadáveres en catafalcos; ni tampoco la exhumación de los huesos y su traslado a otra parte (2), pero es posible que si esta costumbre, descrita por Falkner y otros, todavía existiera, él no la vería debido al corto tiempo que duró su visita. Por otra parte, Beerbohm que estaba en esa región por un año en una época posterior (1877-78) tampoco la menciona (3).

Para terminar este capítulo describiremos una sepultura de fueguinos hallados en Orange Bay.

«A treinta centímetros de profundidad, bajo una capa superficial de conchas que se separaban fácilmente con la mano, descubrimos sucesivamente cuatro o cinco ramas verdes de haya; más abajo un plano hecho de cortezas, y troncos de árboles que cubrían el cadáver que estaba enteramente envuelto en vestidos viejos que provenían de algún buque lobero, una camisa de tela y una chaqueta cubría la cabeza y el pecho, otra chaqueta cubría el vientre y las piernas y él todo estaba ligado con un cordel de piel de lobo que partía del cuello, donde formaba un nudo corredizo sobre la envoltura de la cabeza, cruzándose varias veces por delante y por detrás y abrazando igualmente la envoltura de los pies. Acostado de espaldas con los pies hacia el norte, no tenía más adornos que una cinta de piel de foca en los tobillos de cada pie».

(1) LANDOR HENRY SAVAGE. *Across Unknown South America*, 2 vols. London 1913.

(2) MUSTERS, CAP. GEORGE CHATWORTH. *At home with the Patagonians*. London 1871.

(3) BEERBOHM, JULIUS. *Wanderings in Patagonia, or Life among the Ostrich Hunters*. London 1880.

Lo que se desprende de este examen es que era general por todo el continente vestir al muerto con sus mejores ropas para las ceremonias funerales, y que además era costumbre casi universal formar con el cadáver un atado, envolviéndolo en pieles, frazadas, esteras, etc., los cuales eran bien asegurados por medio de sogas o correas.

Paréce que esta costumbre tenía doble objeto, primero incluir varias prendas para que el muerto no llegase pobre o desnudo a la tierra de las ánimas; y segundo, lo que era de mayor importancia para los que quedaban, asegurarse por medio de envolturas y amarras contra su vuelta de ultratumba.



CAPITULO IX

INHUMACIÓN

Observaciones: Sepultura en cavernas.—Cairns, o sepultura bajo montones de piedras.—Túmulos o mounds.—Túmulos en forma de pirámides.—Inhumación simple.—Sepultura en cistas.—Dólmenes y chupas.—Sepulturas abovedadas.—Nichos.—Sepultura en urnas.—Entierros secundarios.—Temor a las imánas y costumbres sepulcrales derivadas de este sentimiento.

Parece que, por el mundo entero, en toda época despues de la concepción de la idea de la existencia de un ánima que podía independizarse del cuerpo; el sistema más universalmente adoptado para la disposición de los muertos, fué el de la inhumación, en una u otra de sus formas. No ha sido el único, y probablemente no fué el primero. Como hemos dicho, muchas tribus abandonaban sus muertos a las fieras y es posible que la mayor parte de los hombres, en su estado más primitivo, haya hecho otro tanto. Luego, cuando principiaron a convencerse de que la vida no se acababa con la destrucción del cuerpo, sino que persistía después, albergándose en la forma de algún otro ser y que el cuerpo no era más que la habitación animada, pero temporal del espíritu; co-

menzaron a comprender la necesidad de guardar el cadáver por el mayor tiempo posible. Esto lo hacían por dos razones; primero, porque el espíritu pudiera desear volver y luego por respeto al ánima, que pudiera sentirse ofendida, si no se cuidase de sus despojos. Después, cuando se atribuyeron poderes sobrenaturales a las ánimas, llegó a ser imperioso precaverse contra su vuelta y las sepulturas se hacían con más proligidad y más seguras.

Es probable que la primera forma de sepultura haya sido la colocación del cadáver dentro de las grutas o cavernas que servían de abrigo y de habitación. Como en un principio, el hombre primitivo no tenía el miedo de los difuntos y el temor a las ánimas que después le sobrevinieron, debe haber guardado los cadáveres en los rincones de las mismas cuevas que habitaba. No es argumento en contra de esta costumbre, la descomposición y los consiguientes olores pestilenciales que tendría que soportar, porque vemos que tribus, como los seris, los fueguinos, los esquimales y otras viven rodeadas de toda clase de putrefacción, sin que les llame la atención o que les moleste.

Más tarde cuando comenzaban a construir chozas y abandonaban el uso de las grutas como habitaciones, continuaban utilizándolas como lugares de sepultura. Que esta costumbre era casi universal lo prueba las numerosas grutas sepulcrales halladas en casi todos los países de la tierra.

Sepulturas en cavernas.—En América encontramos que las cavernas fueron usadas como lugares de sepelio, desde el extremo norte del continente, sobre las playas del océano Artico. Dixon, Swan, Lisiansky, Langsdorff, Billings y muchos otros las encontraron en Alaska (1).

Abundaban también en las islas Aleutianas (2). Pinart pu-

(1) Véase también. DALL, W. H. Tribes of the extreme North West. Contributions to North American Ethnology. Tomo I.

(2) Remains of later prehistoric man obtained from caves (etc.) of the Aleutian Islands. Smithsonian contributions to Knowledge núm. 318. Washington 1878.

blicó un elegante volumen en que describió la exploración de una de estas cavernas y lo ilustró con grabados representando las colecciones que pudo hacer en ella (1). Hemos mencionado algunas de estas cavernas, en las cuales se colocaban los cadáveres momificados en posiciones naturales.

Entre los iroqueses era frecuente el uso de las cavernas como osarios o cementerios ancestrales, donde se depositaban periódicamente los huesos de sus muertos.

Por todo el largo de las Montañas Rocosas, las tribus Atapascas, Shoshones y otras sepultaban sus muertos en las grutas naturales de la cordillera y sus ramales.

Igual cosa pasaba en Arizona, Utah, Nuevo México, etc. Mooney exploró una serie de grutas sepulcrales en Aguas Calientes mas o menos 200 millas al suroeste de la ciudad de Chihuahua en México septentrional e hizo una colección de objetos hallados en ellas que incluye una momia, que se ha depositado en el Museo Nacional de Washington (2).

Lumholtz, que exploró la misma región, años más tarde, describe estas cavernas, en muchas de las cuales hizo investigaciones; pero también extendió sus exploraciones más al norte, en el territorio de los indios tarahumares, una de las tribus más numerosas de México.

No sólo encontró cadáveres momificados en las cuevas, sino también sepulturas cavadas en el suelo de ellas; «en forma oblonga o circulares, revestidas de una capa de zacate y lodo y como tres pies de profundidad. Aparentemente no se había puesto tierra sobre el cadáver mismo, sino que sólo se le había rodeado de tablas longitudinales a manera de caja. Los cuerpos están inclinados y tendidos de costado. Sobre las tablas superiores se había extendido una capa de corteza, de pino como de una pulgada de espesor, cubierta a su vez

(1) PINART ALPHONSE. La caverne d'Ahnañh, Isle d'Ounga, Paris. 1875

(2) 19. th Annual Report of the Bureau of Ethnology. Administrative Report p. XVII. Washington 1900.

por otra capa de tierra y escombros de tres pulgadas de grueso, y ésta se había revestido con la mezcla de zacate y lodo en forma de un sólido disco de cuatro o cinco pulgadas de grueso, cuyo borde por sobresalir ligeramente de la fosa, se alzaba a nivel un poco más alto que el suelo» (1).

Encontró muchas momias en cavernas en el Valle de las Cuevas, Río de Piedras Verdes, al noroeste de Chiluahua; como también en el territorio de los indio huichols.

Todos los indios pueblas, zuñis, hopis, utes, pimas, moquis, como también los cheyennes, los arapahos y otros de las fronteras mexicanas, antiguamente sepultaban sus muertos en cuevas, y lo hacen aun en muchos casos.

En las Antillas también existía la costumbre.

Sir Hans Sloane dice que en Jamaica se encontraban numerosos esqueletos tendidos en el piso de las cuevas (2).

Oviedo habla de los trogloditos de Haití, y se han encontrado cavernas sepulcrales en Cuba y Puerto Rico según dice Fewkes en su «Aborígenes de Puerto Rico». p. 41.

En Venezuela, sobre todo en la antigua Guayana española, entre el Atlántico, y el Essequibo, son abundantes las grutas funerarias. En una caverna en el cerro de la Luna, se encontraron restos de 52 hombres y 43 mujeres; en otra en Ipi-Iboto 24 hombres y 25 mujeres; algunos de los cráneos pintados de rojo. En otra cueva en Cucurital se encontraron sepulturas en urnas (3).

(1) LUMHOLTZ CARL. *El México Desconocido*. Cinco años de exploración entre las tribus de La Sierra Madre occidental; en la Tierra Caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascas de Michoacan.

Traducido del inglés por orden del Gobierno de México por Balbino Dávalos. New York. 1904

(2) SLOANE, SIR HANS. *Avoyage to the islands of Madeira, Barbadoes, Nieves, St. Christopher and Jamaica*, 2 vols. London 1725.

(3) MARCAÑO, Dr. G. *Ethnographie précolombienne du Venezuela. Valles de Arauca et de Caracas*.

Memoires de la Société d'Anthropologie de París. Tomo IV, 2.^a serie. 1889-1893.

Reclus nos dice que en Cundinamarca, en la región de los antiguos chibchas «ciertas grutas sagradas encerraban centenares de muertos, todos sentados en círculos y con las manos juntas» (1). Comentando esto dice Vergara y Velasco que «en el norte de Santander abundan las grutas llenas de osamentas: en ellas se encuentran en gran número, vasijas de barro colmadas de ceniza y algunas veces instrumentos de música. Entre los pijaos se hallan cámaras mortuorias, talladas en las rocas» (2).

Las caras y los scyris de Ecuador, empleaban las grutas naturales como lugares de sepultura y frecuentemente los hacían artificialmente para el mismo propósito (3).

Son muy numerosas las cavernas usadas como lugar de sepultura en el Brasil. Mencionaremos en este respecto, las famosas cavernas de Lagôa Santa, la no menos célebre de Babylonia, las de Macahé en la Provincia de Río Janeiro, las de Río Nova y tantas otras halladas en diferentes partes del territorio (4).

Nordenskiöld halló en el Alto Perú numerosas cavernas y abrigos en la roca que habían servido de sepulturas de los indios de la región. Una de estas grutas, situadas en el valle de Queara a una altura de 3,400 metros sobre el nivel del mar, contenía más o menos doscientos esqueletos. No se encontraban jamás enterrados, sino simplemente colocados sobre el piso de la gruta, en posición sentada (5).

• En las provincias de Junín y Ayacucho, la plebe, según Rivero se colocaban en hileras o semicírculos en las cavernas, fisuras de las rocas, o en las terrazas formadas por pe-

(1) *Geographie de Colombie*: ob. cit.

(2) id. id. ob. cit. notas

(3) VELASCO, JUAN DE. Historia del reyno de Quito. 1789.

(4) LACERDA FILHO E RODRIGUES PEIXOTO. Contribuições para o estudo anthropologico das raças indigenas do Brazil.

Archivos do Museu Nacional. Vol. I, Rio de Janeiro, 1876.

(5) NORDENSKIÖLD ERLAND.—Arkeologiska undersökningar y Perus och Bolivias gränstraker 1904-1905. Upsala 1906.

ñascos sobresalientes (1), y Cieza de León dice que en el valle de Pacasmayo habían sepulturas de la misma clase (2).

En la Sierra eran comunes. Las cavernas naturales frecuentemente se agrandaban por medios artificiales y los cadáveres se colocaban en contorno de los muros o en nichos excavados con ese fin. Muchas de estas cuevas mortuorias se encuentran en la frente de algún peñasco inaccesible y los muertos deben haberse bajado allí por medio de cordeles (3).

Wiener dice que estas sepulturas, grandes y pequeñas, son pircadas con gran cuidado y que generalmente la entrada es tapada con montes, o se halla en lugares inaccesibles. Dice que después de hacer el entierro, los sepultureros destruían el único camino de acceso (4).

Esto refiere igualmente a Bolivia, donde los indios tenían costumbres semejantes a los del Perú.

En el Noroeste de la Argentina son numerosos los vestigios de los entierros en cavernas.

Bomán abunda en citas de esta naturaleza y son también mencionadas por Moreno y por Ten Kate. La Misión Sueca de Von Rosen y Nordenskiöld, el profesor Max Uhle y otros han explorado y descrito las grutas funerarias de la Puna de Jujuy, donde Bomán examinó las de Sayate, Casabindo, Pucará, Chacuaño, Chulin, Sanjuanmayo, Chacrahuaico y otros. En la Sierra de Córdoba también han sido encontrados. Más al sur, en la región ocupada por los indios huarpes o alentiaks son igualmente numerosas.

Aguiar habla de grutas utilizadas como cementerios en la vecindad del pueblo de Rodeo y en otras partes de la región, en Calingasta, Cerro Negro, etc. (5).

(1) Antigüedades del Perú, ob. cit. cap. VIII.

(2) La Crónica del Perú, ob. cit. cap. LXVIII.

(3) JOYCE, THOMAS A.—South American Archaeology. London 1912.

(4) WIENER, CHARLES.—Pérou et Bolivie, récit de voyage. Paris. 1880.

(5) AGUIAR, DESIDERIO 2.^o—Los Huarpes. I.^{er} Congreso Científico Latino Americano. Tomo V. Buenos Aires. 1900.

Moreno descubrió cavernas mortuorias en la Patagonia con sus paredes pintadas (1). Darwin nos asegura que los fueguinos tenían idéntica costumbre, hecho que después ha sido confirmado por muchos otros escritores.

En Chile también se han encontrado en varias partes. El capitán Simpson describiendo las exploraciones hechas por la corbeta *Chacabuco* habla así de los Chonos: «sus habitaciones eran cuevas y a veces chozas circulares, cuyas estacas he visto. A menudo enterraban los muertos cerca de estas habitaciones; pero por lo común preferían colocarlos en cuevas, tapándolos con ramas. En varias de éstas se encontraron momias acondicionadas en ataúdes de cortezas de ciprés, en forma de huevos, pero todos han sido ya removidos o destruidos» (2). Algunas de estas momias existen en el Museo Nacional de Santiago.

Grutas funerarias han sido encontradas en Nahuelbuta, Antuco, Tinguiririca, Vichuquén, Constitucion y otras partes del país, pero desgraciadamente la mayor parte de ellas no han sido descritas.

Los indios pericues de la península de California colocaban sus muertos en las grutas o en los abrigos de las rocas y una vez descarnados los huesos los pintaban de rojo (3).

Anthony y Rivet encontraron restos precolombianos en las grutas de Paltacalo en el Ecuador (4).

Goeldi halló cavernas con la boca tapada de donde extrajo 18 urnas conteniendo restos humanos; en Igarope, Guayana

(1) AMEGHINO, FLORENTINO.—*La Antigüedad del Hombre en el Plata*. Tomo I. p. 505. Paris. 1880.

(2) SIMPSON, CAPT. ENRIQUE.—*Exploraciones hechas por la corbeta Chacabuco en los Archipiélagos de Guaitecas, Chonos y Taitao*. Anuario Hidrográfico de Chile, 1879.

(3) *Recherches anthropologiques sur la Basse Californie*. ob. cit. p. 1.

(4) ANTHONY, R. ET RIVET., P.—*Etude anthropologique des races précolombiennes de la République de l'Equateur*. Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris. 5.^a serie. Tomo IX. pp. 314-430. Paris. 1908.

Holandesa (1). Dice que los cunanyuaras usaban como repositorios de los restos mortales de sus deudos, cavernas artificiales, y las halló también en Serpa (Amazonas).

Markham dice que entre los incas, los orejones y otras personas de importancia se enterraban generalmente en cavernas (*machay*) con dos cámaras, una para la momia y la otra para su propiedad y para las ofrendas llevadas por sus dependientes y deudos. Las cavernas se hallaban en lugares desiertos, ó en las faldas de las montañas. Las alturas que dominan el hermoso valle de Yucay, llamadas Ttantana Márca son completamente socavadas con un inmenso número de cavernas funerarias. Todas han sido desecradas por los españoles en busca de tesoro (2).

Hutchinson dice la misma cosa de la Quebrada de Cocha-Huakra cerca de Chosica (3).

Doctor Sapper halló numerosas cavernas en Guatemala que habían sido usadas como sepulturas (4).

Seler dice que era costumbre entre los zapotecas, mixtecas, cuicatecas y mixes, de sepultar sus jefes y nobles en cavernas y observa que probablemente había una doble razon para esta costumbre. Por el mundo entero las cavernas se han considerado como las entradas al interior de la tierra. Entre los zapotecas y mixtecas existía otra creencia además, que también se encuentra entre otras tribus americanas. Imaginaban que sus antepasados, los fundadores de la raza habían salido de las entrañas de la tierra a la luz del sol. Hasta cierto punto las cavernas pertenecían al reino de sus progenitores y eran por lo tanto consideradas como sagradas.

En el país de los mixtecas, la caverna de Chalcatongo, situada en una alta montaña, servía como lugar de sepultura para los reyes y hombres de nota.

(1) Memorias del Museo del Perú, ob. cit.

(2) The Incas of Peru. ob. cit. p. 112.

(3) Two years in Peru. ob. cit. Vol. II. p. 51.

(4) Antiquities of Guatemala. ob. cit. pp. 89-90.

Los zapatecas también tenían sus cavernas sagradas en las montañas de Yoo paa o Mictlan, donde enterraban los reyes y sacerdotes. El antiguo polacio de Mictlan estaba comunicado con una gran caverna, donde acostumbraban sepultar los cadáveres de las víctimas de los sacrificios y los jefes que caían en batalla (1).

Estas citas, tomadas al azar entre los centenares que existen, son suficientes para demostrar que el empleo de las cavernas como lugares de sepultura ha sido bastante generalizado por todo el continente; sino por todas las tribus, al menos por la mayor parte de aquellas cuyo territorio ofrecía esta clase de abrigo.

Cairns o sepulturas bajo montones de piedras.—Cuando el hombre, abandonando los valles de los ríos, donde generalmente establecía su albergue en las cavernas y abrigos proporcionados por sus barrancos, aventuró a las llanuras, no se halló con las mismas facilidades para disponer de sus muertos. Muchas veces hacía largas peregrinaciones para llevarlos a las cavernas ancestrales; pero no siempre le era fácil o conveniente. No sabía aún, cavar el suelo, de manera que tuvo recurso a otro sistema. Colocaba el cadáver en el suelo, en postura sentada o tendida y lo cubrían con montones de piedras, como defensa contra los ataques de las fieras o aves de rapiña.

En las regiones heladas del norte, cuando la tierra se encuentra tan conjelada y dura que no se puede abrir fosas en ella, los esquimales y otras tribus que habitan aquella zona, recurren con frecuencia a esta práctica.

Después se acostumbraba hacer una excavación de poca profundidad, en la cual enterraban el cadáver, pero continuaban colocando las piedras encima.

(1) SELER, EDUARD. Wall paintings of Mitla, a Mexican picture writing in fresco.

Buletin 28 del Bureau of American, Ethnology. pp. 247 a 324. Washington. 1904.

Más tarde, cuando la modesta pila de piedras se convirtió en grandes montones de tierra, estos túmulos o mounds llegaron a ser casi universales.

La sepultura bajo cairns es especialmente común en la Patagonia. Son generalmente circulares y a veces elípticos. Ocasionalmente las piedras que las componen han sido pintadas de rojo—el color sagrado—lo mismo que los huesos que contienen.

Musters dice que el tamaño del cairn depende de la importancia del difunto (1).

Los charrúas y otras tribus del Chaco, también levantaban cairns sobre sus sepulturas.

Los araucanos generalmente enterraban sus muertos en las cimas de las lomas o morros y levantaban sobre ellos montones de piedras que más tarde asumían las proporciones de verdaderos túmulos.

Esta misma clase de sepultura según Bomán, se encuentra con frecuencia en la región diaguita.

«Los caras de Ecuador no abrían sepulturas como hacían los quitus. Colocaban el cadáver al haz del suelo, en lugar separado de las poblaciones, y poniendo en contorno las armas y alhajas, levantaban al rededor del cuerpo una pared baja de piedras brutas, cubierta de una bóveda, encima de esto levantaban un montículo de tierra y piedras» (2).

En época posterior, estas sepulturas tomaban grandes proporciones y formaban los túmulos conocidos con el nombre de *tolas*.

«Es muy fácil encontrar sepulturas antiguas en cualquier punto del territorio de Costa Rica, las cuales se manifiestan unas veces con cuadrados de piedras colocadas de punta; otras por montones de piedra, también del río, pero hacinadas con tal profusión, que llegan hasta formar verdaderos

(1) *At home with the Patagonians*, ob. cit. p. 187.

(2) CEVALLOS, PEDRO FERMÍN. *Resumen de la Historia del Ecuador*. Guayaquil. 1886.

túmulos elípticos, que miden algunos metros en su diámetro mayor.

En Sardinal, cerca del viejo pueblo de Diiá, hay como doscientas sepulturas indígenas, indicadas por simples aglomeraciones de piedras pues esa era la costumbre antiguamente establecida en aquella parte del país» (1).

El doctor Bovallino encontró grandes cairns o túmulos de piedras en la isla Zapatera del lago de Nicaragua (2).

Los cairns al igual de los mounds o túmulos eran comunes por toda la parte central y meridional de los Estados Unidos y hay frecuente mención de ellos en muchas otras partes del continente.

Túmulos.—Los túmulos o montones de tierra y piedras elevadas sobre el lugar de sepultura se encuentran esparcidos por todo el continente en enormes números. Varían en tamaño, desde el pequeño montículo, hasta llegar a las proporciones de un verdadero cerro, y cubren sepulturas en las más diversas formas. Generalmente circulares o elípticas, sin embargo en algunas partes como en la región de los *mounds* en los Estados Unidos, asumen formas especiales y aún se les encuentra como grandes diseños de animales.

A veces son elevados sobre simples entierros, otros cubren sepulturas construídas como dólmenes, cistas, pozos, pircas, etc.

En algunas ocasiones no contienen sino un sólo cadáver, en otras son verdaderos cementerios y los hay que cubren centenares de muertos.

En Patagonia se encuentran algunos túmulos, en aquellas regiones donde escasean las piedras, principalmente en las zonas de los médanos, territorio donde los indios puelches tenían sus sepulturas. Los restos humanos que el señor Moreno encontró en este punto, estaban en dos círculos de ocho cadáveres cada uno, sentados perpendicularmente y juntos

(1) ALFARO ANASTASIO. Antigüedades de Costa Rica. San José 1896.

(2) Id. id. id. p. 14.

uno a otro. Cada círculo, de 1 metro 50 centímetros de diámetro, estaba cubierto por una pequeña eminencia o montecillo convexo, que naciendo sobre los cráneos, se elevaba progresivamente hasta cerca de sesenta centímetros en el centro.

El montecillo funerario que cubre los esqueletos se presenta más perfeccionado y de dimensiones mucho mayores en las costas del Río Chubut y del Santa Cruz (1).

En la provincia de Entreríos se encuentran numerosos túmulos de tamaño considerable, llamados por los habitantes «cerritos». Lista exploró dos de ellos y de uno extrajo los restos de nueve esqueletos. En el Museo Etnográfico de Buenos Aires existen objetos arqueológicos extraídos de los túmulos de Gualeguaychú de la misma provincia, como también de Mazaruca.

En Chile son relativamente numerosos los túmulos, pero han sido muy poco explorados o estudiados.

Fonck examinó algunos en San José de Piguchen, cerca de Putaendo y dice que había en la vecindad inmediata más de treinta. «Se observa en ellos cierto tipo invariable, a lo menos en la parte central del país, de pequeñas eminencias muy fáciles de reconocer por su agrupación bastante densa, su forma circular y su perfil de cono sumamente tendido.

Las excavaciones hechas en cuatro de las tumbas indicadas permitieron encontrar a dos metros de profundidad, dos esqueletos completos, aunque bastante descompuestos y un gran número de ollas de barro bien conservados (2).

En 1875, don Prudencio Valderrama descubrió algunos antiguos túmulos en la Punta de Teatinos, al norte del Puerto de Coquimbo. Estos túmulos formados, como todos los que se hallan en el resto de Chile, de tierra y piedras, cuando

(1) La antigüedad del hombre en el Plata, ob. cit. p. 386-488. T. I.

(2) FONCK, FRANCISCO. Las sepulturas antiguas de Piguchen. *El Mercurio* de Valparaíso. 18 de Diciembre de 1896.

no han sido desgastados por la lluvia o el arado, tienen la forma de un cono y su altura dos metros a lo más, correspondía probablemente a la calidad de la persona a que se destinaban (1).

Hemos hablado de las primitivas *tolas* o cairns del norte de Ecuador. A medida que progresaba la cultura de los caras, más complicadas y extensas llegaron a ser las tolas hasta que asumieron las proporciones de verdaderos mausoleos, cubiertos por túmulos. Eran de diferentes formas, circulares, ovalados o cruciformes y a veces contenían más de un cadáver.

En la región de la costa de Manabí y Esmeraldas, los muertos se sepultaban en grandes túmulos, que a veces tenían un piso de tierra cocida o de adobes. Eran frecuentemente rectangulares u ovalados y planos por encima con superficies que llegan hasta quince metros por diez. Con frecuencia tenían un monolito a ambos extremos y un altar de greda cocida. Los cadáveres se encuentran esparcidos por todo el túmulo (2).

Wiener encontró la misma clase de túmulo en las costas del Perú y dice: «estos túmulos son cerritos o bien colmenas de muertos; pequeños mausoleos que son cubiertos de tierra y que a su vez sirven de base de una nueva serie que se vuelven a cubrir de la misma manera formando así varios pisos» (3).

Cieza de León observó esta clase de sepultura en la vecindad de Antioquía en Colombia y las describe de esta manera: «hacen una sepultura tan grande como un pequeño cerro, la puerta della hacia el nacimiento del sol. Dentro de aquella tan grande sepultura hacen un bóveda mayor de lo que era menester muy enlozada, y allí meten al difunto lleno de mantas, y con el oro y armas que tenía, etc.» (4).

(1) Revista de la Sociedad Arqueológica de Santiago. N.º 1. 1880.

(2) SAVILLE M. H. Antiquities of Manabi. New York. 1907-10.

(3) *Perou et Bolivie*. ob. cit. p. 329.

(4) *Crónica del Perú*. ob. cit. Cap. XII.

Los antiguos kakchiquels, quichés y mayas de América Central levantaban túmulos de importancia sobre las sepulturas de sus jefes y colocaban encima una estatua de la persona enterrada.

Los lacandones de Chiapa y Tabasco construyen sus túmulos de una manera que merece citar. El cadáver se extiende de espaldas en una fosa de más o menos una vara de profundidad. Sobre el abdomen se coloca maíz triturado para que el muerto pueda fabricar harina tostada y tortillas; lo recubren en seguida de hojas de palma. Sobre estas echan tierra hasta rellenar la fosa, formando un montículo de tierra sobre la sepultura y cubriendo todo con una capa de cenizas. En los cuatro puntos cardinales se colocan figuras de un perro, fabricadas de hoja de palma. Estas son los guardianes del muerto. En seguida se colocan al contorno del túmulo un número de pequeños candiles de cera. Cada uno de los deudos hombres, encienden tres o cuatro de estos y las mujeres y los niños dos cada uno. Por último se construye encima del túmulo un abrigo de hojas de palma, del techo del cual suspenden tres calabazas, una con harina tostada, otra con agua y la tercera con tortillas (1).

Un gran número de túmulos funerarios se encontraron en el Norte de Honduras Británica, muchos de los cuales fueron explorados por Tomás Gann (2).

En Costa Rica también existen túmulos funerarios. Cerca de Cartago en un lugar denominado Los Limones, Hartman halló dos mounds de grandes dimensiones, pero de poca altura. En el primero hallaron 26 cistas y en el otro 39. En otro que halló en Orosi descubrió 65 cistas o sepulturas de piedra. Cerca de Santiago un túmulo de forma elíptica contenía

(1) TOZZER, A. M. A comparative Study of the Mayas and the Lacandones. Archaeological Institute of America. New York 1905.

(2) GANN, THOMAS. Mounds in Northern Honduras. 19 th. Annual Report of the Bureau of Ethnology. T. II. Washington 1900.

doce cistas y otras tantas sepulturas en forma de pozos. Por el poco tamaño de las cistas en este túmulo, se supone que solo han servido para la sepultura secundaria de osamentas (1).

Los caribes tanto del Orinoco como de las Antillas solían en ciertas ocasiones elevar túmulos sobre las sepulturas de sus caciques. En Haití generalmente se enterraban los muertos, levantando montones de tierra sobre las tumbas. Gu-milla en 1745 hizo una descripción de los bailes ceremoniales efectuados por los salivas en la vecindad de sus túmulos en el Orinoco, en ocasión de la muerte de uno de sus caciques (2).

Los túmulos funerarios o mounds de Norte América son tan conocidos y se han descrito tantas veces, que sería inoficioso detenernos mucho en ellos. Aislados o reunidos en grupos son generalmente redondos, elípticos o piriformes.

Las sepulturas que cubren se encuentran forradas a veces de madera, cubiertas de esteras o troncos, y a veces de piedra en forma de cistas o cajas y de vez en cuando encierran urnas de greda. En muchas de ellas existen señales evidentes de la cremación de los cadáveres.

Por mucho tiempo se consideraba que los constructores de los mounds de Norte América era una raza distinta a los demás indios, pero poco a poco se ha llegado a la conclusión de que no eran más que los antepasados de las mismas tribus que han ocupado aquellas regiones en la época actual.

En el condado de Fairfield, Estado de Ohio, se desenterró una enorme vasija de greda, colocada sobre un hogar. Tenía cinco metros de largo por dos de ancho y contenía los esqueletos de doce personas, además de varios objetos que se ha-

(1) Hartman, C. V. *Archaeological Researches in Costa Rica*. Stockholm 1905.

(2) *El Orinoco*. ob. cit.

bía sepultado con ellos. Se encontró en un gran túmulo a cinco metros de la superficie.

En Illinois en un circuito de pocos kilómetros hay más de ciento cincuenta túmulos, muchos de los cuales son de gran tamaño. Uno de ellos tiene treinta metros de alto y cerca de ochocientos metros de circunferencia. El gran mound de Circleville contenía un número incontable de esqueletos todos tendidos con las cabezas hacia el centro. Un hecho notable es que a menudo, la tierra con que se ha construido estos túmulos se ha traído de una gran distancia (1).

En el Perú estos antiguos túmulos o mounds son también muy numerosos e igualmente conocidos como los de los Estados Unidos. Se encuentran de todo tamaño desde los pequeños que cubren sepulturas aisladas, hasta los que forman verdaderos cerros de cincuenta o más metros de altura y encierran centenares y aun miles de cadáveres.

Hutchinson dice que el valle de Huatica que se encuentra entre Lima y el Mar está lleno de mounds o túmulos funerarios de todo tamaño, el principal de los cuales es probablemente aquél llamado Huaca de Pando que realmente es un túmulo enorme en forma de pirámide, pero cuyas terrazas son muy desgastadas. Es compuesto casi enteramente de adobes y se calcula que cuando estaba intacto tendría una cubicación de más o menos 400,000 metros cúbicos (2).

Los mayores de estos, aún cuando son generalmente deformes hoy en día; han sido construidos en forma de pirámides, como en Pachacamac, Moche, Huatica, Cañete, etc.

Túmulos en forma de Pirámides.—En las regiones ocupadas por las naciones más cultas de América; los mejicanos, mayas y peruanos; encontramos que los túmulos asumían a veces enormes proporciones. Constituían con frecuencia verdaderos cementerios, que fueron mirados con reverencia y

(1) BROWNELL, CHARLES DE WOLF. The indian Races of North and South América. p. 48. Hartford, Conn. 1860.

(2) Two years in Peru. ob. cit. Tomo I, p. 274 y sig.

generalmente llegaron a ser los principales centros de culto, construyéndose encima de ellos los templos y otros edificios sagrados, monasterios etc.

Con el avance de la civilización tomaron formas regulares, edificándose con esmero, no ya de tierra suelta, sino de adobes, pircas, o mampostería, según la región y los materiales disponibles. Poco a poco iban perdiendo sus contornos circulares o elípticos para tomar formas más regulares y más en armonía con los nuevos requisitos.

Ahora se construían cuadrangulares, generalmente en forma de terrazas que disminuían sus proporciones a medida que tomaban mayor altura.

Raras veces sin embargo, se construían de una sola vez, para mausoleo de un solo individuo, como lo hacían en el antiguo Egipto; sino que frecuentemente eran la obra de varias generaciones e iban en aumento a medida que las necesidades del caso lo exigían.

Una manera común de construir estas pirámides era de destinar como campo sagrado un terreno, generalmente en la vecindad de algún pueblo importante por ser el asiento de los caciques, o por ser el lugar sagrado donde existían las sepulturas de sus antepasados. Aquí, muchas veces encima de los antiguos cementerios, se principiaba a construir los nuevos sepulcros; a menudo en forma de cámaras unidas, con sus muros y bóveda completos; a veces como sepulturas aisladas. Cubríanlos con tierra, dejando la superficie más o menos plana, en forma de terraza, cuyos bordes frecuentemente se orillaban con muros de contención, de adobones, pircados, o aún de mampostería. Encima de la terraza era común colocar sus altares, hacer sus sacrificios a las ánimas, ofrecer sus libaciones y dejar sus ofrendas.

Cuando la primera terraza había tomado proporciones considerables, se construía una segunda encima de ella, procediendo de la misma manera, pero dejando un ancho paso al contorno, de manera que siempre tenía menos dimensiones que la de abajo. Los altares, templos etc. que ante existían

sobre la primera plataforma se volvían a construir sobre la segunda, hasta que esta a su vez se terminaba; cuando se principiaba una tercera, continuando las terrazas, siempre disminuyendo el tamaño hasta que ya no cabían más que los edificios que servían para su culto.

Terminada la primera pirámide se principiaba la construcción de otra, o lo que era muy frecuente, se hacían nuevas excavaciones en la misma, enterrando los cadáveres en las antiguas sepulturas.

El tiempo que demoraba la construcción de las pirámides dependía del tamaño de éstas, la densidad de la población, y la extensión de la zona servida por ella. Algunas podrían concluirse en una generación, otras demorarían algunos siglos en completarse.

Así se explican muchos problemas que han dejado perplejos a los arqueólogos.

Con frecuencia se han encontrado en el mismo túmulo o pirámide, sepulturas que indican diferentes épocas y diversos estados de cultura, que resultan perfectamente lógicos si tomamos en cuenta la manera de su construcción. Siempre, salvo en el caso de entierros secundarios, en el mismo túmulo, las sepulturas de más abajo son de mayor antigüedad; pero puede suceder también que aún en la terraza inferior se nota diferencias de época y de estilo en los sepulcros. En este caso se puede estar seguro que la construcción ha sido lenta, modificándose la cultura o las costumbres durante su edificación.

Algunos de los sepulcros encontrados en los túmulos no contienen más que un cadáver, otros tienen varios. En estos casos, ha sucedido una de dos cosas, o han sido sepulturas de familia, o bien en épocas posteriores, cuando ya no era posible agregar nuevos sepulcros, los antiguos se han vuelto a abrir para admitir sepultaciones secundarias.

Reconociendo estos hechos, una exploración sistemática de los túmulos o pirámides arroja mucha luz sobre la historia cultural de los pueblos que los han construido; y era la

aplicación de este sistema que permitió al Profesor. Max Uhle reconstruir la prehistoria del Perú y colocarla en la condición en que hoy la encontramos, con sus principales períodos bien marcados y definitivamente establecidos.

También nos explica otro hecho, no menos importante para la comprensión de la arqueología de aquellos países, la razón de encontrar los templos y edificios sagrados y aun muchas veces los palacios en las cimas de las plataformas o pirámides.

En el principio no existían templos, en el sentido de lugares donde se practicaban ceremonias religiosas.

La sepultura, aun en su forma más sencilla, fué siempre un lugar de veneración, donde con frecuencia se celebraban las fiestas del vecindario, con el objeto que pudiera participar en ellas el ánima del difunto.

Aquí dejaban sus ofrendas que renovaban de cuando en cuando; atentos a las necesidades supuestas del muerto. Más tarde cuando se arraigó más el culto de los antepasados y las ánimas llegaron a dotarse de poderes sobrenaturales, las sepulturas eran los sitios escogidos para las rogativas y las ceremonias de expiación o de ritos propiciatorios. Los sacrificios se hacían encima de ellos como también las prácticas mágicas que tenían por fin el bienestar de la comunidad.

Con el tiempo, cuando los antepasados se convirtieron en héroes o en deidades y el culto tomaba otro carácter, se continuaba la misma costumbre y vemos que los templos, cada vez más magníficos; siempre seguían como centros de las necrópolis. Cuando aumentaba mucho la población y después del esblecimiento de la teocracia que predominaba en todos los grandes centros de la civilización americana, llegó a ser un honor sepultarse en estas pirámides reservado sólo para los magnates. La plebe tenía que contentarse con otras sepulturas menos imponentes. Como estos lugares eran los más sagrados del territorio, los sacerdotes; ahora predominantes, las escogían no sólo para la ubicación de sus tem-

plos, sino también para sus habitaciones. Con frecuencia el cacique, rey o emperador, era el sacerdote en jefe de la tribu o nación, y de aquí resulta que sus palacios se construían en estos sitios. Después cuando se separó el estado temporal del espiritual, la costumbre de ubicar los palacios en terrazas continuó y aun se extendió a la nobleza o caciques de grado inferior.

Como era imposible que todos estos edificios se construyesen sobre túmulos mortuorios, se acostumbró levantar cerros artificiales con o sin terrazas con el solo fin de construir en ellos las habitaciones. Por eso vemos en México y en América Central, enormes pirámides cuya construcción debe haber sido diez veces más demorosa y costosa que la de los edificios que los coronan.

Pero no cabe duda que el origen de las pirámides en aquellos países era de servir de sepulturas y que no eran más que un desarrollo de los túmulos que hallamos repartidos en tanta abundancia por todo el continente.

Sin embargo, no es inenon cierto que en México, en las provincias mayas y en menor grado en el Perú, la mayor parte de las grandes pirámides halladas habían perdido ya su oficio de sepulturas y retenían sólo el postrer desarrollo de la terraza, el de servir de base de los edificios construídos en ellos.

De esta última categoría pertenecen las famosas teocallis de Teotihuacan cerca de la ciudad de México. Los más grandes de ellas, se llamaban respectivamente la pirámide del sol y la de la luna. La primera de ellas mide 220 metros por lado en su base y termina en una plataforma de más o menos treinta metros. Ambas son construídas de adobes y tierra, sostenidas con muros de piedra. Las paredes exteriores hechas de mampostería fueron cubiertas de una capa de estuco. No se ha encontrado vestigios de sepulturas en estos mounds.

Otro, construído de una manera parecida, e igualmente conocida, es el famoso cerro de Ackapana en Tiahuanaco.

No obstante que en el tiempo cuando se construyeron estos monumentos, ya se había modificó la costumbre de emplearlos exclusivamente como sepulturas, quedaba la memoria de esta práctica y hallamos los cementerios que los reemplazaban ubicados en su inmediata vecindad.

Otra evolución de las pirámides se encuentra en el sur de México y en la región maya; donde a veces se construían sobre templos y sepulturas subterráneos.

Esto se derivaba probablemente del primitivo sistema de edificarlas sobre cámaras o sepulcros aislados.

También se usaban para este fin las cumbres de cerros naturales, pequeñas eminencias o protuberancias en las faldas de las montañas; revistiéndolas con muros, rellenos, terrazas, etc., hasta que tomaban la forma y dimensiones de verdaderas pirámides, dejando en las cimas un plan donde en seguida se elevaban los edificios a que fueron destinados.

En el Perú, algunas de las pirámides conservaron su carácter sagrado de enterratorios hasta la conquista; muchos siglos después de su completa terminación; porque se encuentran entierros secundarios en ellas pertenecientes a la época incáica y algunos también post-incáicos.

Las pirámides del Sol y de la Luna de Moche, son ejemplos de construcciones que han servido de sepulturas en épocas posteriores a su edificación.

Parece que se construyeron con fines religiosos, sobre un antiguo cementerio, y que en su origen fueron destinados a ser plataformas para los templos. Pero generaciones posteriores las utilizaban como lugares de sepultura, abriendo en ellas excavaciones que les servían de sepulcros. Muchas de estas sepulturas son del período de Tiahuanaco, como se demuestra por los artefactos de aquella época que se han hallado en ellas.

Tratando de la relación entre las pirámides y las sepulturas, Wiener dice que en el litoral del Perú, las pirámides forman sepulturas de varios pisos, arregladas en forma de capas. «Las tumbas de varios pisos no son más que la super-

posición de sepulturas simples, puesto que los pisos no son colocados verticalmente uno encima de otro, sino construídos en retroceso, de manera que forman una especie de escalera en la cual cada piso tiene más o menos uno y medio a dos metros de altura» (1).

Hutchinson halló sepulturas con cadáveres en diferentes terrazas de la gran pirámide de Pachacamac y también vió numerosos restos humanos en las ruinas del gran túmulo o huaca de Pando cerca de Huatica, como también en otros mounds piramidales en Magdalena, Pan de Azúcar, Juliana, Ocharán, Chan-Chan, Chiclayo, etc. Dice que la región de la costa del Perú es sembrada de pirámides sepulcrales (2).

Cronau, hablando de las pirámides de la misma región, dice: «La mayoría de estos túmulos servían de sepulturas y constaban de gran número de cámaras, en las cuales depositaban los chimus a sus muertos (3).

Los que se interesan en mayores detalles sobre estas reliquias deben consultar las obras de Hutchinson, Squier, Reiss und Stübel y sobre todo las de Uhle (4).

El cementerio de la antigua población de Moróhuasi, quebrada del Toro, provincia de Salta en el Noroeste Argentino; es formado de una colina de tierra de unos quince metros de altura, cortada en terrazas, como una pirámide de estructura irregular de cincuenta metros de diámetro.

Las terrazas son sostenidas de trecho en trecho por muros pircados. Las sepulturas se encuentran sobre las terrazas a poca distancia (en general un metro) unas de otras.

Detras de la pirámide se encuentran sepulturas arregladas igualmente en terrazas, cortadas en la falda del cerro. Los

(1) *Antiquities de la Región Andine*, ob. cit. Tomo I. p. 339.

(2) *Perou et Bolivie*, ob. cit. p. 329.

(3) HUTCHINSON, THOMAS I: *Two years in Peru, with exploration of its antiquities*. 2 vol. London 1873.

(4) *América*, ob. cit. Tomo I. p. 118.

cadáveres son enterrados en posición encogida, los brazos y piernas replegados sobre el pecho (1).

Ten Kate, describe un cementerio de Loma Rica, Valle de Yocavil (Provincia de Tucumán), dispuesto de una manera análoga, sobre un montículo cónico, sin terrazas, pero con las sepulturas colocadas en hileras concéntricas alrededor de la colina.

La razón tal vez, porque se encuentran tan pocas pirámides que servían de sepulturas, en el imperio azteca, fué la costumbre de incinerar los muertos, práctica que introdujeron en otros estados y que llegó hasta Centro América. Los mounds o pirámides que servían para propósitos funerarios, son generalmente de los toltecas, que conservaban en gran parte sus costumbres mucho después de la invasión de su territorio por las tribus chichimecas y aztecas. Estos últimos adoptaron el sistema de construir sus templos y edificios en terrazas graduadas sin cambiar su costumbre de quemar los muertos y en consecuencia hacían sólidas las pirámides, y su destino primitivo de enterratorios cayó en desuso.

En los más antiguos, los que se imputan a los toltecas, se encuentran cadáveres. Waldeck dice que en las excavaciones practicadas en la gran pirámide del Sol en Teotihuacan, se descubrieron varios esqueletos rodeados de numerosos objetos funerarios (2).

Larenaudiére dice que en el interior del gran *teocalli* existen cavidades considerables destinadas a la sepultura de los indígenas (3).

El mismo orden se nota en la región maya. Las pirámides más antiguas y la vez más sencillas, parecen haber sido destinadas exclusivamente a la sepultación de los muertos y su empleo como bases o cimientos para los edificios era una

(1) Por la nómina de estas obras véase Bibliografía al final de este ensayo.

(2) WALDECK. *Les pyramides de Theotihuacan*.

(3) LARENAUDIÉRE. *Mexico et Guatemala*.

adaptación posterior. En el último caso eran provistos de graderías o escalinatas de acceso, las que faltaban por lo general en los más antiguos.

Un estudio detallado y cronológico deja bien de manifiesto la lenta evolución de la pirámide y sus empleos sucesivos.

Inhumación simple.—Hasta aquí, hemos descrito principalmente la manera cómo algunos pueblos cubrían sus sepulturas. Ahora miremos por un momento los estilos que se empleaban en hacerlas.

La forma más común era una simple excavación o fosa en que se depositaba el cadáver, o atado funerario, con o sin otros objetos, cubriéndola luego con tierra. Algunas veces, como hemos visto, se amontonaban piedras encima para mayor seguridad.

Entre algunos pueblos nació la idea que el peso de la tierra encima del cadáver pudiera lastimar o molestar al muerto. Recurrieron a varios medios para evitar esto. En aquellos territorios donde escaseaba la leña, se conformaban con hacer excavaciones de muy poca profundidad, para que la capa de tierra que cubría el cadáver no fuera muy pesada.

Esto no dió buen resultado, debido a las degradaciones de las fieras que desenterraban los cuerpos.

Otras tribus, especialmente las de las praderas y llanuras, construían un catafalco o alta ramada, sobre el cual colocaban el muerto hasta que se descarnaban los huesos y solo entonces hacían el entierro. Otros, para efectuar más rápidamente esta operación, sacaban la carne con sus cuchillos, quemándola en seguida; o echaban al agua los cadáveres para que los peces lo hicieran.

En otras partes, donde la madera abundaba tapaban el cadáver con palos inclinados, o bien formaban un techo, cubriendo de palos y ramas la boca de la sepultura, sobre el cual echaban la tierra. Esta es la forma más primitiva de los sepulcros abovedados.

Otros pueblos, en las partes montañosas, donde abundaba la piedra, formaban sus bóvedas con piedras; pero este sistema

generalmente pertenece a un desarrollo posterior y trataremos de él en otra parte.

La forma dada a la excavación, dependía en gran parte de posición en que colocaban el cadáver. Algunas tribus los enterraban tendidos a todo su largo, de espalda, de costado y aún boca abajo. Otros doblaban el cuerpo o lo replegaban sobre sí, en posición sentada o hecho ovillo. Para mantenerlos en esta posición los envolvían o los amarraban. Encogido el cuerpo, lo colocaban en sentido perpendicular, o acostado ya de lado, ya de espaldas.

«La posición de estos esqueletos», dice Moreno hablando de los restos que halló en la Patagonia, «es debido a la costumbre que tenían los indios de retobar los cadáveres en cueros de guanaco y de caballo después de la introducción de éste».

«Don José S. Real, habitante de Mercedes y gran amigo de los puelches, me decía haber visto hacía algunos años, practicar este modo de inhumación por los indios y que en algunos casos, cuando se trataba de viejos, no esperaban a que acabasen de morir para envolverlos, sino que los enterraban vivos, de miedo de que por su avanzada edad se le endurecieran las articulaciones en el momento de la muerte, lo que haría esta operación imposible.

«Con este objeto, unas viejas (que eran las encargadas de enterrar los muertos) se sentaban sobre el pecho del moribundo, le agarraban las piernas y se la colocaban a la fuerza lo más cerca posible del pecho, en seguida volvían a sentarse sobre las piernas para que quedasen bien cerradas y no volvieran a tomar su posición natural, después de lo cual les ataban las manos a las tibias. Con un cuero fresco, con la cara hacia fuera, lo cosían con tientos del mismo cuero, y lo ponían al sol para que se encogiese.

Los dolores que sufrían por tal operación debían ser terribles, y podrá formarse una idea de ellos sabiendo que una

parte de los esqueletos tienen los fémures rotos en el cuello a causa de la presión que se ejercía sobre ellos.» (1).

En aquellos parajes donde el suelo era arenoso, o libre de piedras, las sepulturas se hacían de bastante profundidad. La fosa a veces tenía la forma de una bota, con una escavación lateral al pie del pozo para depositar el cadáver. Sepulcros de este tipo se hallan a menudo en el Perú.

Otras veces eran alargados, redondos, cuadrados o rectangulares, según la localidad o tribu.

En la mayor parte de Chile, era costumbre enterrar los muertos en posición tendida. Así hemos encontrado los cadáveres en diferentes partes de la costa y del interior y por todas partes de la Araucanía.

Las observaciones de muchos exploradores han probado el mismo hecho. Canales dice que «en la parte alta de Pisagua no hay momias encogidas como en los gentilares del norte: todos están acostados de espaldas» (2). Sin embargo, Uhle encontró momias replegadas en la misma vecindad, que al parecer pertenecen a los antiguos atacameños:

La costumbre de tender los cadáveres era especialmente constante entre los changos o tribus pescadoras de las costas.

Sénéchal de la Grange encontró cadáveres tendidos en la caleta de Chimba en la bahía de Antofagasta, D'Orbigny en Cobija, Bollaert en el mismo lugar; y Bastian menciona el mismo hecho, observado por él en diferentes partes del litoral.

Sin embargo, la manera más usada en América era la posición encogida, y aun en Chile encontramos con frecuencia esta costumbre, sobre todo en las provincias del norte, donde era usual.

Sepultura en cistas.—Bajo el nombre de cistas referimos a aquellas sepulturas, hechas de lajas de piedra colocadas

(1) Citado por Ameghino en *La Antigüedad del Hombre en el Plata*. Ob. cit. Tomo I. p.p. 484-485.

(2) *Los cementerios indígenas en la costa del Pacífico*. Ob. cit. p. 291.

de canto para formar una especie de caja de piedra, dentro de la cual se encerraba el muerto.

A veces fueron tapadas por otras lajas y tambien en ocasiones por ramas de árboles. Las cistas se construían en excavaciones hechas a propósito, o bien a raz del suelo, cubriéndose después con túmulos de tierra.

También se hacían sepulturas de esta forma sin cubrirlas después, las que constituyen los verdaderos dólmenes.

Frecuentemente, en aquellos distritos donde no se encuentran las piedras de estructura hojosa, de que se pueden desprender grandes lajas, estas se reemplazan por muros o pircas de piedras más chicas.

Las cistas se encuentran de todos tamaños, desde las pequeñas que no permiten más que el entierro en ellas de los huesos desecados de un solo cadáver, hasta las grandes que forman verdaderas cámaras mortuorias capaces de contener numerosos cuerpos de adultos, además del ajuar fúnebre correspondiente.

Sin ser muy generalizada esta clase de sepultura no se puede decir que no sea bastante repartida. Se encuentra en casos aislados y frecuentemente en grupos, por muchas partes del continente, desde el Canadá hasta el sur de Chile; pero parece que ningún pueblo la haya adoptado como tipo único o aun preferente.

Esto se debe, con toda probabilidad a que se encuentra materiales apropiados, solamente en determinadas localidades.

En la región de los mounds de los Estados Unidos se encuentran con relativa frecuencia en ciertos distritos.

Fowke encontró cistas en varias partes del Estado de Missouri, algunos de gran tamaño y con pasadizos para ingreso a la cámara mortuoria (1).

El descubrimiento de numerosas cistas de tamaño disminu-

(1) FOWKE, GERARD. *Antiquities of Central and South-western Missouri*. Buletin N.º 37: Bureau of Ethnology. Washington 1910.

to en el estado de Tennessee, dió nacimiento a la leyenda que en aquel territorio había existido una raza de pigmeos; hasta que un estudio detallado de los restos contenidos en ellas, probó que se trataba de entierros secundarios de huesos descarnados, costumbre mortuoria común por toda la región de los mounds.

Pero no solo se encuentran, en este estado, las cistas pequeñas; sino con frecuencia otras de mayor tamaño. El Rev. E. O. Dunning, hablando de estas últimas, dice: «Son construídas de lajas de pizarra bien ajustadas, como tres pulgadas de grueso, cuatro pies de largo y dos de ancho y encierran un espacio no siempre igual, de más o menos cinco pies de largo, cuatro de alto y dos de ancho. Son cubiertas por otras lajas que descansan sobre las piedras paradas.» (1).

Thomas menciona varias cistas halladas en el estado de Georgia, en Missouri, Illinois, Tennessee y Kentucky. Dice que varían en sus dimensiones desde un poco más de un pie hasta ocho pies de largo y de nueve pulgadas de ancho, hasta ocho pies de largo y de nueve pulgadas de ancho hasta tres pies. Agrega que no es inusitado encontrar en el mismo mound un número de cistas, colocadas en hileras y en dos, tres o más distintos niveles. Los describe así: «Estas sepulturas se forman de toscas lajas sin labrar. Primero se cava una fosa de dos o tres pies de profundidad y de las dimensiones requeridas. En el plan se colocan lajas para formar el piso; otras piezas semejantes se ponen de canto en contorno para formar los costados y sobre estas se ponen otras acostadas para servir de cubierta. Cuando queda concluída, parece una gran caja o ataúd de piedra. Algunas veces se omite una de las seis caras y ocasionalmente el piso se forma de piedras del río. La cubierta no siempre consiste de una sola capa, sino que se coloca otras lajas sobre las juntas, o

(1) THOMAS CYRUS. Burial Mounds in the Northern Sections of the United States. V. Annual Report. Bureau of Ethnology, Washington 1887.

bien se las colocan tingladas, una sobre la orilla de otra.» (1)

Sepulturas en cistas se encuentran esporádicamente por toda la región de los mayas desde Quen Santo hasta Copán y Benque Viejo (2).

En Honduras Británica también se empleaban sepulturas en cistas para la gente de rango. En su exploración de los mounds en el norte del territorio, el Dr. Gann halló que algunos de ellos contenían cistas de pequeñas proporciones (3). En el Río Honda encontró otras más grandes con los cadáveres tendidos.

Holmes describe diferentes tipos de cistas, encontradas en la provincia de Chiriqui (Panamá). Dice que la primera clase consiste en una excavación de cuatro pies de ancho por seis o siete de largo y de tres de profundidad. En el plan de esta excavación se abre una fosa de otros dos pies de hondura pero de menores dimensiones que la de arriba, de manera que queda un descanso al contorno de la de abajo de unas ocho o diez pulgadas. Esta última se forraba de piedras planas colocadas de canto. Aquí se colocaban los restos y se cubrían de lajas que descansaban sobre los bordes dejados en el piso de la excavación superior que después se llenaba de piedras de río.

Otras tenían muros de piedras más chicas, ajustadas sin mezcla, con columnas de piedra en las esquinas y tapadas de lajas en la forma antes dicha (4).

Los güetares de Costa Rica entierran sus muertos preferentemente en sepulturas de esta clase. Alfaro, al referirse a las sepulturas de estos indios, escribe: «La primera forma, y

(1) THOMAS, CYRUS. Report on the Mound Explorations of the Bureau of Ethnology. Washington, 1894.

(2) JOYCE, THOMAS A. Mexican Archaeology. London 1914, p. 276.

(3) Mounds in Northern Honduras, ob. cit. pp. 681-683

(4) HOLMES, W. H. Ancient Art of the Province of Chiriqui, Colombia. 19th Report of the Bureau of Ethnology. Tomo II, p. 17-18. Washington 1888.

más comun, consiste en un cajón de lajas sepultado a medio metro o menos de la superficie del suelo; y algunas veces las lluvias han lavado tanto el terreno, que las lajas superiores, que constituyen la tapa de la huaca, se hallan al descubierto. Debemos tener presente que todas las sepulturas de los güetares se hallan siempre colocadas de Oriente a Poniente, conservando la parte más ancha hacia el Oeste, por ser ese lado el que debe ocupar la cabeza del difunto; debe también tenerse en cuenta que el interior se halla invariablemente lleno de tierra. Las dimensiones de estos sepulcros varían; pero tomando uno del cementerio del Guayabo, por ejemplo, podemos concretar las medidas siguientes: longitud, un metro y noventa centímetros; ancho en la cabecera, un metro; ancho en los pies, ochenta centímetros; y profundidad o altura del cajón sesenta centímetros.

En otros casos se hace una escavación hasta unos dos metros y se cava el hueco o nicho en la roca misma tapándolo con lajas por encima. Al abrir uno de estos sepulcros que estaba a dos metros bajo la superficie del suelo, encontramos en él tres cadáveres: uno extendido longitudinalmente como en un ataúd, con la cabeza al Poniente; otro con la cabeza al Este; y los restos de un tercero, que probablemente fué el primero que ocupó la sepultura original y por lo mismo se hallaban sus huesos hechos un montoncito en el centro de la sepultura; ésta era tan pequeña que no les dejó espacio alguno para depositar dentro de ella los haberes de los muertos.

El espacio de terreno que ocupa el cementerio de Guayabo es tan pequeño que las sepulturas están tan apiñadas que muchas veces una misma muralla separa dos nichos diferentes (1).

Hartmann, en sus investigaciones arqueológicas de la costa oriental de Costa Rica exploró más de 400 sepulturas. La mayor parte eran cistas. En las montañas del interior, más

(1) Antigüedades de Costa Rica, ob. cit., pp. 16-17.

o menos la mitad de los sepulcros eran también de este tipo.

En Chircot, suburbio de Cartago, antigua capital de Costa Rica exploró 205 sepulturas, todas de cistas, muchas de las cuales por su tamaño pequeño, solo pueden haber servido para entierros secundarios. En los Limones, a seis kilómetros de Cartago encontró dos mounds que contenían, el primero 26 cistas y el segundo 39 (1).

En el Alto Perú, Nordenskiöld, encontró cistas en el valle de Quiaca. Tenían la especialidad de ser cubiertas de lajas, sobre las cuales se habían colocado columnas macizas de piedra labrada, coronadas por otras lajas (2).

Cistas fueron encontradas en el Perú, en Chosica y Parará por Hutchinson, quien da una breve descripción de ellas en su obra (3).

Cronau dice: «Los restos más antiguos de habitantes originales del Perú son los sepulcros contruidos de cuatro o más lozas, de 1.66 metro de alto por 10 a 20 centímetros de espesor, cubiertas con otra loza, y además, para mayor seguridad de los cadáveres, a los que estas cajas de piedra sirven de última morada, con un montón de tierra y piedras. Estos sepulcros antiguos se encuentran en gran número cerca de Acora y en las inmediaciones del lago Titicaca» (4).

Bandalier describe numerosas cistas que examinó en la isla de Titicaca. Dice que abrieron y midieron 85 de ellas. Algunas eran pequeñas y servían sólo para los restos de niños. La cabeza del cadáver se colocaba invariablemente hacia el Oeste (5).

La región de Titicaca y toda la altaplanicie perú-boliviana abundan en esta clase de sepulcro.

(1) Hartman C. V. *Archaeological Researches in Costa Rica*. Stockholm. 1905.

(2) *Arkeologiska undersökningar*. ob. cit.

(3) *Two Years in Peru*. Tomo II, pp. 45 y 49. ob. cit.

(4) *América*. ob. cit. Tomo I, p. 110.

(5) Bandalier, Adolph F. *The islands of Titicaca and Koafi*. New York 1910.

En la región Diaguita, provincia de Catamarca, en los antiguos cementerios de Fuerte Quemado, Carlos Bruch halló un tipo de cista bastante curioso. Reproducimos su descripción de ellas: «Todos los sepulcros son más bien pequeños, de forma más o menos circular u ovalada, a veces rectangular, con sus ángulos mal definidos, y cuyo interior casi nunca excede de 1.50 metro a 2 metros de diámetro y un metro de altura; mejor dicho de profundidad. Sobre el propio piso del sepulcro descansan los restos fúnebres, y se alzan las paredes formadas por lajas muy delgadas y largas, de un solo tamaño, y colocadas como *duelas de barril*; a menudo estas paredes son inclinadas de tal modo que el diámetro de la parte de arriba supera al de abajo, diferencia que les ha valido el nombre local de *hornos*.

En ciertas ocasiones hemos observado que por la falta de lajas laterales bastante largas, se sobrepone a éstas una pirca de piedras colocadas horizontalmente; en este caso el diámetro máximo está en la parte donde descansa la pirca sobre las lajas.

Por lo que se vé, y sin excepción alguna, todas estas construcciones se han tapado con piedras muy grandes y chatas, que estarían o no a la vista; pero que hoy por hoy se hallan cubiertas por una capa de ripio y pedregullo de medio metro y más de espesor (1).

También halló cistas en Hualfin, de la misma zona.

En Antofagasta de la Sierra en la Puna de Atacama el señor Gerling halló entierros en cistas, de un tipo especial. Refiriéndose a ellas dice Ambrosetti: «Los sepulcros explorados por el señor Gerling tenían una profundidad de un metro por uno y treinta centímetros de diámetro, completamente redondos; las paredes laterales estaban formadas por piedras paradas unas al lado de otras, y el techo, como hemos dicho más arriba, por largas lajas.

(1) BRUCH, CARLOS. Exploraciones Arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca, p. 50. Buenos Aires, 1911.

Lo interesante y característico de estos sepulcros era un revoque hecho con una tierra roja arcillosa, bastante dura, que parecía una especie de cemento.

Estas tumbas tenían, según el señor Gerling, la forma de un horno enterrado, con una puerta al oriente, cerrada por una piedra bien ajustada.

En la superficie del suelo no había señal alguna y sólo se denunciaban por una pequeña elevación.

Esta forma de sepulcros no fué observada por él sino en la parte alta de la Cordillera» (1).

Sepulcros en forma de cistas se han encontrado también en varias partes de Chile.

Hace algunos años examinamos algunas sepulturas de este tipo que se descubrieron en Tirúa, en la costa de la provincia de Arauco, pero que eran de una época anterior a la ocupación de esa comarca por los actuales araucanos y se deben con toda probabilidad a los cuncos que parecen haber sido los habitantes primitivos de la región.

Las cistas de nuestra referencia tenían más o menos un metro setenta centímetros de largo por sesenta centímetros de ancho y cincuenta de profundidad, medidas interiores. Se componían de lajas plantadas de canto, dos o tres por cada costado longitudinal. La cabecera y el pie se formaba generalmente por una sola piedra; pero en un caso con dos. El piso era el mismo suelo, y se tapaban con otras lajas. Los cadáveres se colocaban en ellas tendidos de espaldas y entre las piernas, hacia los pies, había unos jarritos de greda y otros objetos. Se encontraban como a cuarenta centímetros debajo del suelo.

En 1904 di cuenta de una cista hallada en las faldas de los Andes, en la provincia de Coquimbo, que era en todo respecto semejante a los de Tirúa. Los restos hallados en ella

(1) AMBROSETTI, JUAN B.—Apuntes sobre la Arqueología de la Puna de Atacama. pp. 18-19. Revista del Museo de La Plata. Tomo XII. La Plata. 1905.

pertenecían a una mujer y el cráneo, que estudié en detalle, era casi microcefálico (1).

El Padre Amberga publicó una breve descripción de algunas cistas halladas por él en la región de Carahue (al sur de Tirúa). Dice que las encontró «a unos veinte centímetros de profundidad: con precaución sacamos la capa de tierra que las cubría y aparecieron dos piedras muy bien ajustadas, en forma de tapá; cada una de treinta centímetros de largo por 20 de ancho. Sacadas esas piedras apareció un hueco de 25 centímetros de profundidad con las paredes y el fondo formado de las mismas piedras. Contenía algunos restos en forma de tierra negra, pero sin ningún signo que pudiese indicar el origen de las sepulturas. En seguida abrimos unas cuantas más, cuyas medidas eran todas más grandes que la primera; variaban entre 50 centímetros y 1 metro 50 de largo, pero todas de poca profundidad.

Me interesaba ante todo encontrar un cráneo, o siquiera huesos; pero no hallamos absolutamente nada» (2).

Según Canales³ hay numerosas cistas en la vecindad de Tacna.

Hemos tenido noticias del descubrimiento de cistas en otras partes del país, en Petorca, en San Félix y en Paihuano, pero sin poder averiguar los detalles. Sin embargo, con las citas que hemos dado, resulta probado que entierros de esta clase, si no muy comunes en el continente, eran al menos bastante conocidos, y su construcción probablemente dependía de la existencia en la localidad de materiales apropiados, más fáciles de emplear que muchos otros de los sistemas adoptados.

Dólmenes y chulpas.—Relacionados muy de cerca con las

(1) LATCHAM R. E.—Notes on an Ancient Skull from the Chilian Andes. Man. Tomo IV, p. 85-83. London. 1904.

(2) AMBERGA, FRAY JERÓNIMO DE.—Sepulturas de cajas (cistes) Revista Chilena de Historia y Geografía. Año III. Tomo VI, N.º 10. Santiago de Chile. 1913. pp. 340-341.

cistas son los dólmenes, que se encuentran en algunas partes del Norte y Sud-América. El dolmen se construye de una manera idéntica con las cistas, sólo en vez de ser subterráneo se erige sobre el suelo. No son muy comunes y casi la única parte donde se encuentran en algunos números, es en el antiguo Collao, o sea en los altiplanos que rodean el lago de Titicaca. Más tarde los collas dieron mayor desarrollo a las sepulturas *superterráneas* y construyeron torres más imponentes, que a veces tenían grandes dimensiones. Tanto a los dólmenes como a las torres dieron el nombre de *chulpa*, que sin embargo se emplea generalmente por los escritores para referir a estas últimas, aun cuando los indios emplean el nombre para referir a todas las sepulturas preincas, construídas sobre el suelo.

Markham, al escribir sobre Colla-suyo, dice que «los collas sepultaban sus muertós en *cromlechs* que consistían de enormes bloques de piedra y que algunas todavía existen. Más tarde construyeron torres circulares de hermosa mampostería con una frisa en la parte superior. Algunas eran cuadradas. Los mejores ejemplares se encuentran en Sillustani, cerca de Hatun-colla, probablemente el lugar de sepultura de los jefes collas» (1).

El mismo autor, en una obra anterior habla de una visita que hizo a Sillustani, donde exploró algunas de las torres y halló en algunas de ellas numerosas osamentas humanas (2).

Cronau da una corta descripción de estas torres. «Hay chulpas cuadradas y redondas y figuran coma monumentos arquitectónicos entre los más notables de la América del Sur. Las hay construídas en parte de piedra sin labrar y en parte de piedra labrada; a veces solían cubrirlas con una capa de barro, otras con estuco, y probablemente las pintaban.

(1) MARKHAM, SIR CLEMENTS.—The Incas of Peru, London. 1911.

(2) MARKHAM, CLEMENTS R.—Travels in Peru and India. London. 1862. p. 111.

En su interior tienen cámaras y nichos destinados a los cadáveres. En la región del Titicaca se encuentran grupos de 20 y hasta de 100 torres de esta clase, que se elevan generalmente sobre las eminencias del terreno, como en los mogotes, estribaciones y lomas, dando un aspecto característico al paisaje, sobre todo cuando se destacan atrevidas del fondo terso y diáfano de la atmósfera.

Igualmente se encuentran semejantes torres en la península de Sillustani, que penetra hasta muy adentro en el lago de Umayo. Allí se ven algunas que miden más de 5 metros de diámetro y más de 13 de altura. La entrada de estos sepulcros suele ser tan baja que sólo permite el paso de un cuerpo humano. El interior presenta, o bien una sola cámara abovedada o bien diferentes compartimientos abiertos en el suelo y cubiertos con losas, o en fin, algunos nichos para recibir los muertos» (1).

Cieza de León fué el primero que describió estas torres mortuorias y dólmenes que todavía empleaban en su tiempo. Dice que «tienen sus puertas que salen al nacimiento del sol, y junto a ellas acostumbran hacer sus sacrificios y quemar algunas cosas, y rociar aquellos lugares con sangre de cordeiro o de otros animales» (2).

Más adelante prosigue: «cerca de los pueblos estaban las sepulturas destes indios (collas) hechas como pequeñas torres de cuatro esquinas, unas de piedras sola y otras de piedra y tierra, algunas anchas y otras angostas; en fin, como tenían la posibilidad o eran las personas que las edificaban. Los chapiteles algunos estaban cubiertos con paja, otros con unas losas grandes; y parecióme que tenían las puertas estas sepulturas hácia la parte de levante» (3).

Dice Cieza que en las provincias de Paria y Charcas se encontraba la misma clase de sepultura.

(1) América, ob. cit. Tomo I. pp. 110-111.

(2) *Crónica del Perú*. ob. cit. Cap. LXIII.

(3) *Crónica del Perú*. ob. cit. Cap. C.

Neveu Lemaire las encontró hasta Oruro por el sur y Nordenskiöld las halló en el noroeste de Bolivia y en el sureste del Perú. Por fin, parece haber sido comunes en toda la región de los collas.

Nordenskiöld ha hecho un estudio especial de esta clase de construcción en las provincias de Sandía y Carabaya en el Perú y en la de Caupolicán en Bolivia, después de examinar detalladamente las de la región de Titicaca y La Paz.

Combate la idea que han servido en primer lugar para almacenes o habitaciones de los antiguos pobladores, teoría avanzada por Von Tschudi y después apoyada por Bandalier y Posnansky.

Dice que las más antiguas sepulturas de esta clase son verdaderos dólmenes. Eran pequeñas construcciones de más o menos 1 metro 50 de altura. Los muros son a menudo formados de grandes lajas de piedra schistoide; otros edificados de pircas (o muros de piedra en seco) con una laja grande para techo. El suelo de estas pequeñas construcciones se encuentra intacto; los cadáveres estaban siempre colocados en el interior de ellas, y jamás enterrados en el piso. Cada sepultura contenía generalmente tres o cuatro esqueletos. Estos edificios sepulcrales se encuentran casi siempre sobre altura, visibles desde lejos. Sin embargo, algunos estaban contruidos contra las rocas que las servían de muro posterior.

Cree que la mayor parte de estas sepulturas pertenecen a la época pre-española, y, que sin duda eran construidas por los antiguos aimarás o collas (1).

Disce que no cabe duda que fueron construidas expresamente para servir como mausoleos. Comentando la idea que las chulpas construidas como torres hayan servido primariamente como habitaciones o almacenes, llega a la conclusión que es errónea y que si después algunas de ellas se han utilizado

(1) Arkeologiska unders kningar, etc. ob. cit.

de esta manera, ha sido solo accidentalmente y como empleo secundario.

Nuestra idea coincide con la de Nordenskiöld. Quedan numerosas relaciones del descubrimiento de restos humanos en estas sepulturas, en condiciones que dejan de manifiesto que en estos casos sólo han servido de mausoleos. Luego tenemos el testimonio de Cieza de León que vió su construcción y destino y que declara enfáticamente que eran sepulcros. Markham no es menos preciso, cuando describe su exploración en 1860, de las chulpas de Sillustani, en que encontró los cadáveres *in situ* (1).

Nordenskiöld explica el hallazgo en algunas de ellas de alfarería rota, huesos de animales y otros desperdicios de cocina que se encuentra generalmente en las antiguas habitaciones, y que servían de fundamento a los autorés citados para considerarlas como casas: por la costumbre que tenían los indios y que aún tienen de quebrar todos los objetos que pertenecían a los muertos y de dejarlos juntos con las provisiones en las sepulturas.

Agregaremos, que las chulpas también servían de puntos de reunión para los deudos donde celebraban algunas de sus fiestas, para que las ánimas de los muertos pudieran participar en ellas.

Esta costumbre era común entre muchos pueblos, no sólo de América sino también en Europa y otras partes del globo.

Cieza de León nos da una descripción muy concreta de esta costumbre, la que arroja mucha luz sobre la cuestión. No habla de cosas o ceremonias antiguas sino de las que se practicaban en el tiempo de su estadía en aquellos parajes; la mayor parte de las cuales pudo presenciar personalmente en su viaje a Charcas.

Pero es mejor ceder la palabra a nuestro autor, quien dice:

«Cuando morían los naturales en este Collao, llorábanlos con grandes lloros muchos días, teniendo las mujeres bordo-

(1) Travels in Peru and India. ob. cit., p. 111.

nes en las manos y ceñidas por los cuerpos y los parientes del muerto traía cada uno lo que podía así de ovejas, corderos, maíz, como de otras cosas, y antes que enterrasen al muerto mataban las ovejas y ponían las asaduras en las plazas que tienen en sus aposentos. En los días que lloran a los difuntos, antes de los haber enterrado, del maíz suyo, o del que los parientes han ofrecido, hacían mucho de su vino o brebaje para beber; y como hubiese gran cantidad deste vino, tienen al difunto por más honrado que si se gastase poco. Hecho pues su brebaje y muertas las ovejas y corderos, dicen que llevaban al difunto a los campos donde tenían la sepultura; yendo (si era señor) acompañando al cuerpo la más gente del pueblo, y junto a ella quemaban diez ovejas, o veinte o más o menos, como quien era el difunto; y mataban las mujeres, niños y criados que habían de enviar con él para que le sirviesen conforme a su vanidad, y estos tales, juntamente con algunas ovejas y otras cosas de su casa, entierran junto con el cuerpo en la misma sepultura metiendo (según también se usa entre todos ellos) algunas personas vivas; y enterrado el difunto desta manera, se vuelven todos los que le habían ido a honrar a la casa donde le sacaron, y allí comen la comida que se había recogido y beben la chicha que se había hecho, saliendo de cuando en cuando a las plazas que hay hechas junto a las casas de los señores, en donde en corro, y como lo tienen de costumbre, bailan llorando. Y esto dura algunos días, en fin de los cuales, habiendo mandado juntar los indios y indias más pobres, les dan a comer y beber lo que ha sobrado; y si por caso el difunto era señor grande, dicen que no luego en muriendo le enterraban, porque antes que lo hiciesen lo tenían algunos días, usando de otras vanidades que no digo.

Y para echar más cargo a sus difuntos, usaron y usan estos indios hacer sus cabos de año, para lo cual llevan a su tiempo algunas yerbas y animales, los cuales matan junto a las sepulturas y queman mucho cebo de corderos; lo cual hecho, vierten muchas vasijas de su brebaje por las mismas

sepulturas y con ello dan fin a su costumbre tan ciega y vana» (1).

Dadas estas costumbres no es raro encontrar en los chulpas restos de desperdicios culinarios y aún otros objetos que pudieron hacer creer que algunas de ellas se hubiesen ocupado como habitaciones, o para guardar provisiones.

En Tinti, valle de Lerma en el noroeste argentino, Boman halló un tipo curioso de cámara mortuoria que puede incluirse entre la clase de dólmenes. Eran semisubterráneas y pegadas a las habitaciones; cilíndricas en forma y construídas de piedras sin mezcla, como pircas. Interiormente eran revestidas de lajas. El piso se formaba de piedras planas y eran tapadas por una gran losa. Las dimensiones interiores eran de 70 centímetros a 1 metro de diámetro por 70 centímetros de altura. Los cadáveres se colocaban en ellas en posición replegada (2).

En el distrito de los mounds de los Estados Unidos y en otras partes del continente, los túmulos se han amontonado sobre construcciones; que no son otra cosa que dólmenes sepultados; edificadas sobre la superficie del suelo y después cubiertos para mayor seguridad. Algunos de ellos tienen puertas y aún galerías de acceso. En otras partes, donde faltaban las lajas o losas para hacer esta clase de sepulturas, ellas han sido reemplazadas por piedras más chicas y los muros construídos en forma de pirca y techados de palos, totoras, ramas o cueros.

Esta forma de construcción se aplicó igualmente a los sepulcros excavados ya sean de pozos o de fosas. Se forraban los costados de estos hoyos con muros o pircados y sobre ellos tendían un techo que después servía de plataforma para amontonar la tierra extraída de la fosa.

Sepulturas abovedadas.—Consecuente con la idea de que el peso de la tierra, cargada sobre el cadáver podría moles-

(1) *Crónica del Perú*, ob. cit. Cap. C. y CI.

(2) *Antiquities de la Région Andine*. ob. cit. Tomo I., p. 313.

tar o lastimar al muerto, muchas tribus inventaron métodos para impedir este inconveniente. El primer paso en este sentido fué probablemente un rudo abrigo de ramas, seguida por la colocación de éstas sobre la boca de la sepultura, antes de echar la tierra. A medida que progresaban sus medios de labranza, estos métodos primitivos también mejoraban. Troncos o tabiones reemplazaban las ramas y en aquellas partes donde abundaban lajas de piedra de grandes proporciones, éstas, a causa de su mayor firmeza, se usaban preferentemente.

El último desarrollo de la idea de protección del cadáver sería el encierre de éste en algún receptáculo, canasto, urna o ataúd, antes de colocarlo en la tierra o la sepultura. Sin embargo, algunos pueblos consideraban que, con proteger la cabeza del muerto era suficiente i vemos que cuando la sepultura se hubiera llenado hasta la altura de la cabeza (estando el cadáver en posición sentada) colocaban una laja, una piedra grande y a veces una olla, por encima del cráneo, para después seguir el relleno.

Entre los pueblos más cultos, sin embargo, las sepulturas iban poco a poco asumiendo la forma de una bóveda, que dejaba una cámara libre, dentro del sepulcro, donde se depositaba no sólo el cadáver, sino también todo el ajuar fúnebre que consideraban menester.

Muchas de estas bóvedas no eran más que un simple techo, formado de la manera que hemos indicado; pero en otros casos se construían de una manera ingeniosa, que demuestra que ya tenían conocimientos arquitectónicos, bastante avanzados.

En la mayoría de los casos, la fosa sepulcral se forraba de pircas de piedras en seco, ó como en la región de la costa del Perú se reemplazaba la piedra por adobes. Cuando los muros, generalmente, en forma circular, llegaban a la altura necesaria, principiaba la formación de la bóveda o techo.

Esto se conseguía empleando piedras planas sobresaliendo cada hilera un poco sobre la de más abajo y en dirección al

centro de la tumba. El ajuste de las piedras unas contra otras impedía que cayesen. Se seguía de esta manera hasta que sólo quedaba un portillo de tamaño reducido, el que se cubría con una piedra de mayor tamaño, que servía de tapa.

Esta clase de sepultura era sobre todo común en la región diaguito-calchaquí y en toda la región de los Andes, donde abundaba la piedra.

Algunas veces eran cuadradas, o rectangulares, pero generalmente con las esquinas redondeadas.

Una sepultura de esta forma encontrada en la Paya (1) fué descrita por Ambrosetti en 1902. La rica cosecha arqueológica hecha en este sepulcro, llevó a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, a emprender una exploración científica en este lugar, los resultados de la cual fueron más tarde publicados (2).

La expedición abrió sesenta y dos tumbas dentro del perímetro de la antigua población. He aquí lo que dice el señor Ambrosetti respecto de la construcción de ellas: «Las tumbas en su gran mayoría son pozos de forma circular de un metro o metro y medio y excepcionalmente de dos metros de diámetro y de profundidad variable dentro de las cifras indicadas. Las paredes se hallan revestidas con pirca de piedra rodada, formando algo así como el brocal de un pozo.

Estos pozos se cubrían con lajas de piedras, pizarras, o esquistos pizarrosos, extraídos de los cerros cercanos, formando una especie de bóveda; como fueron cubiertas después con tierra, dejaron al rededor de las mismas algunas piedras ya sea rodados o lajas formando círculo, a objeto seguramente de reconocer en cualquier tiempo su ubicación» (3).

(1) AMBROSETTI, JUAN B.—El sepulcro de la Paya.

Anales del Museo Nacional de Buenos Aires. Tomo. VIII, (Ser. 3. t. I.) pp, 119-148. Buenos Aires, 1902.

(2) AMBROSETTI, JUAN B.—Exploraciones Arqueológicas en la ciudad Prehistórica de la Paya. 1906-7. 2 tomos. Buenos Aires, 1907.

(3) AMBROSETTI, JUAN B.—Exploraciones Arqueológicas en la ciudad Prehistórica de la Paya. 1906-7 2 tomos. Buenos Aires, 1927. p. 82.

Bruch, describiendo las sepulturas de Hualfín, dice: «Son estos los sepulcros más abundantes y característicos de aquellas regiones. Todos han sido muy bien ejecutados y sobre la superficie del suelo se distingue la parte superior de la tumba, que termina con una elevación bien redonda; muchas veces la acompaña un semi-arco de piedras.

La construcción de todos estos sepulcros es cuidadosa y muy sólida, hecha en forma de una bóveda de piedras grandes, bien elegidas y ajustadas sin ninguna otra clase de material.

El semi-arco está colocado con preferencia con la abertura hácia el este, que correspondía siempre a la cabecera de los individuos enterrados. En algunos casos está colocado al nivel del suelo y construido por una simple hilera de piedras, mientras forma en otros casos una pared vertical que llega a unirse con la base de la misma bóveda» (1).

En otro trabajo Ambrosetti dice que «en los valles calchaquies y en Hualfín, los techos de los sepulcros están formados por la superposición paulatina de piedras alargadas que van poco a poco cerrando la bóveda» (2).

Aguiar dice que las sepulturas de los huarpes de Calingasta tenían la misma forma circular y abovedada (3).

En el Perú las bóvedas mortuorias eran tan comunes como entre los Diaguitas; sólo había más variedad de forma. Para una descripción de estos diferentes tipos que sería demasiado larga para incluirla aquí referimos al lector a las obras de Uhle; sobre sus excavaciones en Ancón, Ica, Pachacama, Moche, etc., que traen además croquis y cortes de los diversos tipos (4).

(1) BRUCH, CARLOS.—Descripción de algunos sepulcros Calchaquis. Revista del Museo de la Plata. Tomo p. II y sig. La Plata 1902.

(2) AMBROSETTI, JUAN B.—Apuntes sobre la Arqueología de la Puna de Atacama. Revista del Museo de la Plata. Tomo XII, p. 18. La Plata 1905.

(3) Los Huarpes. ob. cit., p. 286.

(4) Para la lista de estas obras verse Bibliografía al final.

En Moche halló verdaderos mausoleos construídos con todo arte, de adobes, y techados con palos redondos sobre los cuales se había colocado también adobes.

Eran de forma rectangular y contenían varios cadáveres, sin hablar de numerosos otros objetos.

Algunos se encontraban al pie de la huaca o pirámide de la Luna y otros dentro de la base de la pirámide del Sol.

Rivero dice que los peruanos que ocupaban las faldas occidentales de los Andes usaban sepulcros en forma de hornos, hechos de adobes, pero que eran usados sólo para el entierro de las principales familias.

En el Ecuador también se encuentran sepulturas hechas en forma de bóveda. Las tolas o mounds que construían los caras, generalmente encerraban sepulcros abovedados. Velásco dice que ellos introdujeron esta costumbre al Ecuador. El cadáver se tendía en el suelo o bien se sentaba en un asiento de piedra, y el pariente más cercano traía una piedra que colocaba a su lado; los demás parientes llevaban otras piedras que se iban dejando puestas en forma de muro, hasta que éste se completaba, incluso una bóveda, que encerraba completamente el cadáver y los objetos que con él sepultaban. Sobre esta tumba se amontonaba tierra formando así un mound o tola (1).

(1) Historia del Reino de Quito, ob. cit.

(Continuará).